



Del legado colonial al modelo agroexportador

**Costa Rica
(1821-1914)**

Iván Molina Jiménez


EDITORIAL
UCR

Serie
Cuadernos de Historia
de las Instituciones de Costa Rica

19

**Del legado
colonial
al modelo
agroexportador.
Costa Rica
(1821-1914)**



EDITORIAL
UCR

Ejemplar sin
valor comercial



#QuedateEnCasa



EDITORIAL
UCR

Ejemplar sin
valor comercial

Universidad de Costa Rica
Escuela de Historia
Cátedra de Historia de las Instituciones de Costa Rica

Comisión Editorial
Cátedra de Historia de las Instituciones de Costa Rica

M.Sc. Ana María Botey Sobrado
M.Sc. Manuel Calderón Hernández
Licda. Ana Cecilia Román Trigo

Del legado colonial al modelo agroexportador

**Costa Rica
(1821-1914)**

Iván Molina Jiménez



**Serie
Cuadernos de Historia de las
Instituciones de Costa Rica**



#QuedateEnCasa

330.917.286

M722d

Molina Jiménez, Iván, 1961-

Del legado colonial al modelo agroexportador. Costa Rica 1821-1914 / Iván Molina Jiménez – I. ed., 2ª. reimpr. – [San José], C.R. : Edit. UCR, 2014.

67 p.: il. mapa – (Cuadernos de historia de las instituciones de Costa Rica; 19)

ISBN 978-9977-67-941-9

1. AGRICULTURA – ASPECTOS ECONÓMICOS.
2. COSTA RICA – CONDICIONES ECONÓMICAS.
3. COSTA RICA – HISTORIA – 1821-1974. I. Título. II. Serie.

CIP/2623

CC/SIBDI.UCR

Edición aprobada por la Comisión Editorial de la Universidad de Costa Rica

Primera edición: 2005

Segunda reimpresión: 2014

La EUCR es miembro del Sistema de Editoriales Universitarias de Centroamérica (SEDUCA), perteneciente al Consejo Superior Universitario Centroamericano (CSUCA).

Diseño de portada: *Everlyn Sanabria*

La forma y el contenido de esta edición son responsabilidad exclusiva de la Cátedra de Historia de las Instituciones de Costa Rica.

© Editorial Universidad de Costa Rica, Ciudad Universitaria Rodrigo Facio. Costa Rica.
Apdo. 11501-2060 • Tel.: 2511 5310 • Fax: 2511 5257 • administracion.siedin@ucr.ac.cr
www.editorial.ucr.ac.cr

Prohibida la reproducción total o parcial. Todos los derechos reservados. Hecho el depósito de ley.

ÍNDICE

Introducción	1
1. El legado colonial	2
1.1 El resultado: breve esbozo de Costa Rica en 1821	2
1.2 La formación del mundo del mercader y del labriego ...	4
1.3 El intercambio desigual	7
1.4 La escasez de metálico	8
1.5 La estructura política.....	11
2. Café y capitalismo agrario (1821-1850)	12
2.1 La minería, el palo brasil y la inmigración	13
2.2 La agricultura cafetalera.....	15
2.3 El intercambio desigual y la extracción de plusvalía..	18
2.4 La transformación en la organización empresarial	20
2.5 El crédito.....	22
2.6 La valorización de la tierra y de la fuerza de trabajo .	25
2.7 Proletarización y estrategias de supervivencia del campesinado.....	27
2.8 La centralización del poder.....	29
2.9 La lucha campesina	30
3. La consolidación del mundo cafetalero (1850-1890)	33
3.1 La monoexportación	33
3.2 La colonización agrícola.....	36
3.3 Guanacaste.....	40
3.4 La banca	42
3.5 El Estado y la economía agroexportadora.....	44
3.6 La incubación del descontento	46
4. Fin de siglo: diversificación económica y conflictos sociales.....	49
4.1 Ferrocarril y banano.....	49
4.2 Minería, azúcar y cacao.....	51
4.3 La industrialización antes de la industrialización.....	53
4.4 Estado y conflictos sociales.....	55
Epílogo.....	56
Notas	57
Acerca del autor	69



#QuedeEnCasa



EDITORIAL
UCR

Ejemplar sin
valor comercial

DEL LEGADO COLONIAL AL MODELO AGROEXPORTADOR. COSTA RICA (1821-1914)

Iván Molina Jiménez

Robert Glasgow Dunlop, viajero escocés que visitó el país en el año 1844, procedente de Nicaragua y El Salvador, observó:

el cultivo del café representa la riqueza actual de Costa Rica y la ha llevado a un estado de prosperidad desconocido en todo el resto de Centro América. Empezó hace unos doce años... Todo el café se cultiva en la planicie de San José, donde... están situadas las tres poblaciones principales. Cerca de las dos terceras partes de la cosecha se producen en los alrededores de la capital, una cuarta parte en los de Heredia y lo restante en Alajuela y sus vecindades.¹

¿Estaba Dunlop en lo cierto? Sin duda. El resto del istmo centroamericano, desgarrado por sangrientas y frecuentes guerras civiles, se hundía en la anarquía política. Costa Rica, en cambio, escapaba a ese triste, cruento y devastador destino. Pero la agricultura cafetalera, a la que el viajero escocés atribuía la prosperidad costarricense, no constituyó únicamente

EDITORIAL
UCR

#QuedateEnCasa

una nueva y rentable actividad económica que se difundía con ímpetu. La expansión del café, eje del temprano capitalismo agroexportador, supuso a la vez una transformación global de la estructura económica y social legada por la colonia.

1. EL LEGADO COLONIAL

La capitalización del agro, que debutó con el café, estuvo condicionada decisivamente por un entramado previo, que se empezó a edificar entre 1690 y 1750, tras el fracaso de la encomienda y la esclavitud, y desapareció sin prisa con la difusión exitosa del llamado “grano de oro”, después de 1830. La construcción de tal estructura fue obra de comerciantes, campesinos y artesanos, figuras clave de una época en la que el país todavía era provincia del Reino de Guatemala, y los habitantes súbditos del rey de España.

1.1 El resultado: breve esbozo de Costa Rica en 1821

El espacio comprendido entre los contornos de las ciudades de Cartago y Alajuela, al que se suele denominar la Meseta Central, se caracterizaba, al declinar la colonia, por la supremacía de la producción de subsistencia y de la ganadería. La agricultura comercial, centrada en el cultivo de la caña de azúcar y del tabaco, no predominaba. La chácara, donde la familia campesina se consagraba a la labor agropecuaria y a una artesanía sencilla, era la unidad productiva fundamental y, a su vez, se insertaba en un marco mayor: la comunidad aldeana. El pilar de tal universo era la propiedad comunal de la tierra que, aunque coexistía con su apropiación privada, permitía al campesinado, sin necesidad de recurrir a un poder externo, reglamentar la utilización del suelo, el aprovechamiento de los

bosques y de los ríos y, en general, todo cuanto se vinculara con la explotación del territorio colectivo. El derecho –en parte– pertenecía todavía a la comunidad, capaz de emitirlo y aplicarlo.

El campesinado, sin embargo, no era homogéneo económicamente. La base de la pirámide social estaba conformada por un sector de labriegos empobrecidos, con un acceso reducido y precario a la tierra. La situación del campesino medio no era tan difícil: aunque no era rico, poseía más terreno, mejores utensilios agrícolas y disponía de algunas bestias. La cima de la jerarquía la ocupaban los agricultores acomodados, que contaban con extensas áreas (en especial de pastos), bastante ganado, combinaban la agricultura de subsistencia con la comercial y, a veces, eran dueños de trapiches y molinos, la máxima tecnología agrícola asequible.²

¿Mundo agrario? Sí, pero no se encontraba habitado exclusivamente por labradores. La artesanía especializada se ubicaba en las poblaciones de Cartago, Heredia, San José y Alajuela, morada por antonomasia de los mercaderes, el grupo más rico y poderoso de la época. El comerciante, gracias a su control sobre la circulación mercantil y a su monopolio del metálico, explotaba al agricultor mediante el intercambio desigual: comprándole barato y vendiéndole caro. El mercader adquiría, por debajo de su valor, los productos agrícolas y pecuarios que la chacara, cubierto el consumo de la familia campesina, enviaba al mercado y los exportaba a Nicaragua y Panamá, de donde importaba “efectos” (textiles sobre todo), que luego colocaba, por encima de su valor, en la Meseta Central.³

La Costa Rica de 1821 se extendía, en esencia, de Cartago a Alajuela. Se trataba de una economía mediterránea, circundada por cordilleras azules, cuya vocación agroexportadora se veía obstaculizada por una infraestructura básica –puentes, caminos, puertos y otros– del todo inadecuada. Más allá de la

Meseta, la colonización agrícola comenzaba a arañar el suelo del este y, en especial, del noroeste del Valle Central (el espacio comprendido entre los contornos de las actuales ciudades de Turrialba en el este y San Ramón en el oeste). El distrito minero, que se ubicó en los Montes del Aguacate, estaba por nacer. El cultivo del cacao pervivía agonizante en Matina y la ganadería extensiva, bajo relaciones sociales muy diferentes de las que primaban en la Meseta, se desplegaba en Orotina, Esparza y Guanacaste.⁴

1.2 La formación del mundo del mercader y del labriego

El martes 4 de enero de 1569, los vecinos principales de Cartago, atribulados por la tardanza en el “premio” de sus servicios,

...trataron é platicaron... que, por quanto los... estantes y abitantes en esta ciudad y provincias, vinyeron al descubrimiento, población y pacificación dellas á su costa y minisión... y no se les a fecho gratificación alguna... acordaron y platicaron que se rrequiera al señor govérnador [Perafán de Ribera] que, en nombre de su magestad, gratifique... [sus] servicios, Repartiendo la tierra, encomendando a los pueblos de los naturales della entre los descubridores, pobladores y conquistadores della, segund se les tiene prometido, porque desta manera ternan [sic] todos contento y se arraigarán y sustentarán la tierra...⁵

La queja anterior no era excepcional. El sueño de los conquistadores de Costa Rica, como el de quienes sometieron al resto de Hispanoamérica, fue construir una sociedad basada

en la explotación de la mano de obra indígena. El siglo XVII, en efecto, estuvo dominado por la encomienda, tentativa que fracasó. La población aborigen del Valle Central decreció rápidamente y el español fue incapaz de dominar a los “indios bravos” de Talamanca.⁶ La opción de convertirse en un poderoso esclavista tampoco fue viable, dado el efímero esplendor del cacao, que no permitió importar esclavos a escala considerable.⁷

El fracaso de la encomienda y la esclavitud, en el siglo XVII, se patentiza en la estructura económica y social que prevaleció después. El campesinado criollo y mestizo que, hacia 1700, empezaba a poblar los fértiles campos de la Meseta, no fue sometido a servidumbre y posteriormente, mediante composiciones colectivas con la Corona y con particulares, consolidó sus derechos sobre la tierra.⁸ El grupo dominante, que no pudo limitar la movilidad del labriego e imponerle una coacción extraeconómica directa para arrancarle el excedente, recurrió al intercambio desigual para explotarlo.

La explotación no coartó el desarrollo de las fuerzas productivas. La libertad del labrador favoreció la colonización agrícola, base del crecimiento económico y demográfico que la Meseta conoció durante el siglo XVIII, en especial a partir de 1750. Este contexto fue propicio para el comercio, que prosperó con la inmigración de negociantes españoles y el desenvolvimiento de la agricultura tabacalera. El tabaco, cuya producción y comercialización estaban controladas estrictamente por la Corona mediante la Factoría respectiva, se exportó a Panamá y a México, pero encontró su principal mercado en Nicaragua. La época de mayor auge se situó entre 1787 y 1792, cuando las autoridades guatemaltecas otorgaron a los productores de Costa Rica el monopolio para abastecer al Reino de Guatemala. Tal privilegio no fue eterno y, al ser eliminado, el cultivo se estancó.

El control institucional desvirtuó, sin duda, el impacto del ciclo tabacalero sobre la estructura económica y social prevaleciente; pero el tabaco coadyuvó al fortalecimiento del capital comercial, al suponer la contratación regular de servicios para transportar, por vía terrestre o marítima, el artículo a Nicaragua; al elevar la demanda de cuero para fabricar las petacas en que iba enfardado el producto; y al ampliar las posibilidades de consumo de mercadería importada por parte de un sector del campesinado cuyo poder adquisitivo se había elevado: los cosecheros de la planta.⁹

El incremento del comercio, la formación de las poblaciones de Heredia, San José y Alajuela y el despunte en el “entramado urbano” de una artesanía que se especializaba fueron fruto del progreso agrícola, que estuvo estrechamente ligado con el significativo acervo ganadero (vacuno, caballar y mular) que pastaba en la Meseta. El ganado no solo contribuyó al sustento de la población, sino que suministró energía y abono para las labores agrícolas, colaboró en el transporte de personas y mercadería e, incluso, se incorporó como una mercancía más a la circulación: la comercialización de la carne, del ganado en pie, del queso, del sebo, de los cueros, del jabón, entre otros.¹⁰

El crecimiento económico y demográfico de Costa Rica fue propiciado por la dinamización experimentada por la economía hispanoamericana durante el siglo XVIII. Fue en la época de apogeo del añil centroamericano, vinculado con la reactivación económica europea y, más específicamente, con el inicio de la Revolución Industrial, que se desarrolló el comercio ganadero de Guanacaste hacia Guatemala, el cacao de Matina, brevemente recuperado entre 1770 y 1780, se exportó a Panamá, Portobelo y Cartagena, y los mercados de Panamá y Nicaragua se abrieron al tabaco costarricense.¹¹

1.3 El intercambio desigual

El sector mercantil de la Meseta Central prosperó y se fortaleció acumulando bienes muebles e inmuebles, administrando las tercenas de tabaco y los estanquillos de licor, comprando cargos públicos, monopolizando el metálico, arrendando el cobro del diezmo y controlando la exportación y la importación de mercadería. Esto influyó inevitablemente en la composición de tal grupo, que comprendía no solo comerciantes, sino funcionarios civiles, militares y eclesiásticos, ganaderos, prestamistas y terratenientes (no era raro que un mismo individuo jugara todos esos papeles). Era, sin embargo, el intercambio desigual con el campesinado lo que les permitía apropiarse del excedente agropecuario y articularse socialmente de cara al productor directo.

Los campesinos indígenas y los cosecheros de tabaco sobresalían por estar sometidos a mecanismos específicos –sin exclusión de otros– de explotación: el tributo y el estanco, respectivamente. El resto del campesinado era explotado por medio de una pluralidad de vías: habilitaciones, renta del suelo, impuestos, diezmo y primicia e, incluso, la compra a bajo precio del excedente por el negociante. La habilitación, mediante la cual el agricultor se comprometía a pagar con parte de la cosecha los géneros que había adquirido al fiado, era el expediente más importante. El comerciante se aseguraba el suministro de productos agropecuarios para exportar y colocaba simultáneamente la mercadería importada. La explotación del labriego por el mercader se expresaba en la llamada “ganancia de enajenación”, fruto de comprar barato y vender caro.¹²

La relación de intercambio desigual se reproducía entre el negociante de la Meseta y sus proveedores del exterior, en especial nicaragüenses y panameños, que mejor ubicados en la estructura del comercio colonial, podían adquirir con ventaja

el excedente agrícola y pecuario y vender favorablemente los géneros extranjeros. El comerciante de Costa Rica no era, sin embargo, un explotado. Era simplemente un personaje incapaz de retener para sí todo el fruto de la explotación a que sometía al productor directo. Fuera de la provincia, estaba tan a merced del mercader foráneo, que le compraba lo que exportaba y le vendía lo que importaba, como dentro de ella el campesino se encontraba al arbitrio suyo.

El efecto importado, por tener que satisfacer la ganancia del negociante de fuera, era caro. El comerciante costarricense no podía subir desmesuradamente su precio porque se arriesgaba a no venderlo. La ganancia de enajenación, en su mayor parte, provenía más que del aumento en la cotización del género foráneo, del bajísimo monto a que eran adquiridos los artículos agrícolas y pecuarios. El secreto del negocio residía en que la chacara no necesitaba del mercado para reproducirse. Lanzaba al mercado únicamente la porción que sobraba de los “abastos”, una vez cubierto el consumo de la familia. Los costos de producción, particularmente la fuerza de trabajo, al no depender del valor a que se comercializara el excedente, corrían en lo esencial por cuenta del campesinado y no del capital mercantil.

1.4 La escasez de metálico

La moneda escaseaba en Costa Rica. La carestía, no obstante, se presentaba en la mayor parte de Hispanoamérica. ¿Por qué? La explicación estriba en que:

la economía americana no podía responder con suficiente rapidez a los estímulos externos. Permaneció esencialmente subdesarrollada y falta de inversiones, abierta a las importaciones

pero con pocas exportaciones. El resultado era predecible –una salida de metales preciosos, uno de los pocos productos de los cuales había una demanda constante en el mercado mundial.¹³

El intercambio desigual con el exterior suponía una descapitalización constante de la economía costarricense. Los abastecedores de Nicaragua y Panamá procuraban, siempre que podían, hacerse pagar en moneda y no en especie y, raramente, otorgaban empréstitos en efectivo. El déficit en la balanza comercial era compensado con metálico, que ingresaba en la provincia por el pago de los funcionarios civiles, militares y eclesiásticos; por los gastos en que incurría la Factoría de Tabacos; y por la venta de las exportaciones que el negociante foráneo cancelaba monetariamente y no con mercadería importada.

El mercader, conocedor de tal situación, evitó utilizar la moneda al tratar con el campesino y se afanó por extraerle cuanto dinero poseyera. La relación entre el comerciante y el labriego, que no precisaba de numerario, se redujo al rango de trueque. El dinero, por el contrario, era esencial para mantener el comercio exterior. El efectivo era imprescindible para compensar el déficit en la balanza comercial y encarar los costos (enfardado de la mercadería, transporte y otros) que acarrearba la realización del excedente agropecuario.

La escasez de numerario podía poner en aprietos a los comerciantes. Félix de Jesús García, cura de Cartago, legó a la posteridad una vívida relación del problema; en marzo de 1824, afirmaba:

...el 7 de febrero de 1822 me escribió el finado señor comandante Gregorio José Ramírez

suplicándome le diera 50 pesos pero que ha buelta de su viaje me los satisfaría con su correspondiente redito, que lo hacia para no malvaratar sus efectos de ropa y que le precisaba mucho encarenar su barquito, en efecto en la misma hora que el finado Joaquín Castro me presento su carta verifique la entrega... En 8 de abril de 1822 Llego a su casa muy agradecido por la prontitud con que lo cerbi...¹⁴

La carestía de metálico, que padecía la provincia, obligó al mercader a limitar el préstamo monetario a su propia clase. Existían dos fuentes básicas de crédito: el capital privado, conformado por los recursos particulares de cada negociante; y el capital público, que abarcaba el acervo de dinero de las cofradías, las capellanías, el Convento de Cartago, algunas parroquias y la Casa de Enseñanza de Santo Tomás. La oferta crediticia estaba controlada por Cartago, asiento del grueso de la burocracia colonial, y la demanda por San José, población que, merced al cultivo del tabaco, era la punta de lanza del crecimiento económico.

El capital público y privado constituía un fondo colectivo de metálico al cual el comerciante tenía un acceso casi exclusivo, lo que le aseguró la liquidez que tan esencial le era para sostener el comercio exterior. El mercader sabía que, si precisaba de dinero, podía acudir a una cofradía o a otro negociante. Esta estructura crediticia, que combinaba el empréstito a corto plazo (de uno a dos años) con tasas de interés bastante bajas (del 5 al 6 por ciento anual), contribuyó a conjurar la inflación e impidió que la usura floreciera.¹⁵

1.5 La estructura política

El cabildo, en vísperas de 1821, era políticamente estratégico. El juego de poder entre los patricios de Cartago, Heredia, San José y Alajuela, en ausencia de un órgano político central, se daba en pie de igualdad. El trato entre vecinos principales y del “común” tenía, en esencia, una dimensión local. El acceso al ayuntamiento aseguraba al comerciante de una circunscripción específica equidad en su relación con los mercaderes de las poblaciones restantes. El exportador, es cierto, controlaba con celo el puesto de alcalde; pero el campesino eventualmente ocupaba cargos de inferior categoría: regidor, procurador síndico, mayordomo de propios y otros. La participación en la municipalidad le permitía encararse localmente con el negociante de su terruño.

La estructura política del crepúsculo colonial, caracterizada por una soberanía fragmentada y sustento de lo que se denomina el “espíritu localista”, proporcionaba a labradores y comerciantes una inusitada autonomía y una sorprendente flexibilidad. El municipio, en efecto, abría un importante cauce institucional por el cual las eventuales contradicciones, en el seno de cada grupo o entre ambos, podían expresarse y quizá resolverse con base en la negociación, sin que la sangre se desbordara. La construcción de hegemonía prevalecía sobre el uso de la fuerza.¹⁶

La distribución del poder, después de 1821, fue trastocada decisivamente; con todo, el país, a diferencia de la mayor parte de Hispanoamérica, donde las luchas por la emancipación se prolongaron en largas y cruentas guerras civiles, transitó con rapidez y orden hacia el capitalismo agrario. ¿Por qué ocurrió así? Parte de la respuesta se relaciona con la pujanza que experimentó la Meseta Central tras 1750, la cual vino dada por la colonización agrícola emprendida por un campesinado libre.

La extracción del excedente por el comerciante, dada la falta de una coacción directa, se encontraba circunscrita por el volumen vendido por la unidad doméstica. La existencia de la chacara nunca peligró, ya que el mercader no podía incrementar su ingreso, estrujando arbitrariamente al campesino.

El auge económico del siglo XVIII, en la mayor parte de Hispanoamérica, estuvo acompañado, en contraste, por una presión creciente sobre el productor directo. La meta de las Reformas Borbónicas era aumentar la cuantía del excedente que el Estado se apropiaba. El resultado fue no solo que se avasalló más a las masas populares, sino que la lucha en torno a la distribución del excedente, entre el mercader y el hacendado, el funcionario y el negociante, el criollo y el peninsular, se agudizó. La anarquía sociopolítica fue el abismo en que se precipitó, sin tardanza, el mundo colonial.¹⁷ Este no fue, por cierto, el futuro de la Meseta: aquí el crecimiento económico y demográfico, dada la estructura social prevaleciente, en vez de detenerse, se aceleró tras 1830.

2. CAFÉ Y CAPITALISMO AGRARIO (1821-1850)

En 1822, Samuel Rodavich, de origen italiano pero residente en Inglaterra, en donde se había casado, arribó a Costa Rica con el propósito de

“...examinar los productos de agricultura con que pudiera hacer especulaciones posteriormente”.¹⁸

Rodavich, falto de suerte, enfermó durante el viaje y murió en Esparza; pero su ambición le sobrevivió. Hacia la década de 1840, Costa Rica, con el café, se había integrado

decididamente al mercado mundial. El impacto del capitalismo industrial, cuya hegemonía pertenecía entonces a Gran Bretaña, fue demasiado para el mundo de comerciantes y campesinos, víctima de una capitalización agraria en cuya trayectoria, durante el siglo XIX, cabe distinguir tres períodos. La época 1821-1850 correspondió al inicio de la transición hacia el nuevo sistema económico y social, el cual se consolidó entre 1850 y 1890, y empezó a diversificarse entre 1890 y 1914.

La génesis del capitalismo agrario se caracterizó, es correcto, porque el capital comercial expandió el volumen y la variedad de los géneros traficados, contactó con otras plazas, aparte de las tradicionales (Nicaragua y Panamá), y explotó nuevas fuentes de riqueza: minería y palo brasil, principalmente. El comerciante, sin embargo, comenzó a la vez a penetrar en la producción, en especial con el cultivo y el beneficiado del café, lo cual estimuló la privatización de la tierra y la compra y venta de la fuerza de trabajo.

2.1 La minería, el palo brasil y la inmigración

El universo familiar al comerciante y al labriego empezó a transformarse en algo diferente luego de la independencia. El libre comercio, el arribo de negociantes foráneos, el ciclo minero y la explotación del palo brasil reforzaron la acumulación mercantil y aceleraron el crecimiento económico. La minería, que tuvo su epicentro en los Montes del Aguacate, se desplegó entre 1821 y 1843 y, al calor de su fiebre, se erigió en San José, en 1824, la Casa de Moneda, la cual financió en pequeña escala a los mineros a partir de 1829. La actividad minera contribuyó a la monetización de la economía y a la dinamización del mercado interno. El mineral del Aguacate se convirtió en un importante consumidor de la fuerza de trabajo y de los víveres que la Meseta Central suministraba. La minería, sin

embargo, fue poco fructífera económicamente y no deparó la riqueza fácil y abundante que se esperaba.¹⁹

El palo brasil, que crecía silvestre en la costa pacífica de Centroamérica, y era muy apreciado por su tinte, fue un relevante artículo de exportación entre 1800 y 1840. El negocio alcanzó su esplendor en la década de 1830. Los brasiles, que eran comprados especialmente por especuladores ingleses, inauguraron una efímera fuente de lucro para el capital comercial; con todo, las manchas de palo brasil en Costa Rica eran escasas y se las agotó rápidamente. Los árboles sobrevivientes, al quedar cada vez más lejos de la playa, se volvieron poco atractivos, dado que la mayor distancia dificultaba y encarecía su embarque.²⁰

La inmigración de comerciantes de España y el resto de América Central no se interrumpió después de 1821. Pero hubo un cambio significativo: comenzaron a llegar negociantes de Suramérica, México y de la Europa no ibérica, en particular ingleses, franceses, alemanes e italianos. Los inmigrantes, cuya relevancia fue más cualitativa que cuantitativa, sobresalieron por su experiencia empresarial, sus contactos y su capital, cualidades que favorecieron su incorporación, a veces sancionada mediante el matrimonio con una señorita de abolengo, a la burguesía agroexportadora que se formaba.²¹ El empresario foráneo especuló en la minería, en el comercio del palo brasil y ulteriormente en la agricultura cafetalera, en la que ocupó una distinguida posición.

...a finales del siglo [XIX], más del veinte por ciento de los beneficiadores y exportadores [de café de Costa Rica] eran extranjeros. Ese grupo fue adquiriendo fuerza y llegó a ser aún más dominante en 1935. En esta fecha, casi la tercera parte de los beneficiadores

eran extranjeros o descendientes de aquellos inmigrantes que llegaron a Costa Rica después de 1840. Estos beneficiadores poseían algunas de las instalaciones más grandes y juntos procesaban el 44 por ciento de la cosecha del país.²²

2.2 La agricultura cafetalera

La Costa Rica del ocaso colonial era una provincia pobre y marginal del agonizante imperio español que intentaba, desde el siglo XVIII por lo menos, alcanzar una estable vinculación externa. El cacao no lo logró. El tabaco tampoco. La minería entre 1821 y 1843, y el palo brasil entre 1820 y 1840, fracasaron igualmente. El único producto que lo consiguió fue el café. El “grano de oro” permitió realizar el sueño secular de integrar el país al mercado mundial, dominado por el capital industrial británico.

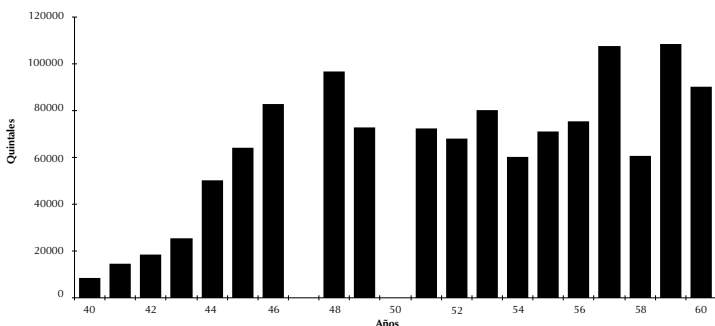
El café, hacia la década de 1830, comenzó a cultivarse decididamente en las pequeñas, medianas y grandes propiedades de la Meseta Central. El núcleo de la agricultura cafetalera era San José. Esto revelaba la especialización regional que se perfilaba. Cartago sobresalió como productora de hortalizas y verduras, Heredia de granos y Alajuela por este último producto y también por la ganadería y la caña de azúcar. El café, en tales poblaciones, era un cultivo secundario; en San José, en contraste, era el principal producto comercial.²³

El fruto se exportó primero a Chile y, más tarde, a Gran Bretaña, lo que entrañó la consolidación del comercio exterior costarricense (véase el Gráfico 1). Los comerciantes, al descubrir la rentabilidad del grano, empezaron a producirlo y se fueron convirtiendo en una burguesía agroexportadora. El campesino, por su lado, al abandonar parcial más que totalmente la

producción de subsistencia en pro del café, ya no sembró para consumir, sino para vender. La reproducción de la familia campesina comenzó a ser mediada por el mercado. La suerte del agricultor se fue ligando así con el precio a que comercializaba la baya.

GRÁFICO 1

Volumen de café exportado por Puntarenas (1840-1860)*



* La información de los años 1847 y 1850 no está disponible.

Fuente: Obregón, "Inicio del comercio británico", p. 67. Rodríguez Sáenz, "Estructura crediticia, coyuntura económica", p. 224.

La tierra, que en su mayoría era poseída y explotada comunalmente, no era una mercancía consolidada a fines de la colonia. La fuerza de trabajo tampoco. Es cierto que se efectuaban compraventas de fincas y se pagaban salarios; no obstante, esto era la excepción y no la regla. El cambio decisivo solo se dio al expandirse la agricultura cafetalera. El café, cultivo perenne que exigía una atención esmerada, fomentó en gran escala la privatización de las tierras comunales, municipales y baldías y la mercantilización de la mano de obra.²⁴

El crecimiento demográfico y la repartición equitativa del patrimonio entre los hijos, a la muerte de sus progenitores, propiciaron el despliegue de una capa de campesinos con tierra insuficiente, a raíz de la fragmentación del suelo. Los comerciantes, por el contrario, se esforzaron por consolidar grandes propiedades, mediante el denuncia de baldíos, después de la independencia, en las zonas de reciente colonización (Sar-chí-San Ramón y Reventazón-Turrialba), y por medio de la compra de fincas a los labradores en la Meseta Central.

¿Por qué vendían los labriegos sus fundos? Las razones eran varias: se deshacían de una parcela bien ubicada, y por consiguiente cara, para comprar un terreno más grande en un paraje alejado; vendían la finca que poseían en la Meseta Central para emigrar a los frentes de colonización, hacia el oeste especialmente; y los vástagos, tras la defunción de sus padres, preferían a veces vender la tierra y no repartírsela, ya que le tocaría a cada uno un pedazo muy pequeño y era más lucrativo enajenar el fundo como un todo.

La década de 1830 presencié así cómo el mercader destinaba a la agricultura cafetalera la “extensa” finca que había consolidado en la Meseta Central y el agricultor, sobre todo el de San José, procedía idénticamente con su fundo. La mano de obra para laborar los plantíos del “grano de oro” provino de los pequeños productores de café o de víveres, cuyo ingreso dependía en parte del cultivo de su modesta heredad y, en parte, de la venta de su fuerza de trabajo.

La contratación de mano de obra se elevaba durante la época de la cosecha, cuando las familias campesinas (hombres, mujeres y niños) se consagraban a coger el fruto, labor que se efectuaba entre noviembre y abril de cada año. En los meses restantes, sin embargo, el hacendado y el agricultor rico se veían obligados a mantener, aunque en menor número, trabajadores asalariados que se encargaban de dar la atención

indispensable a los cafetales: podas y limpieza, entre otras tareas. La introducción del beneficio húmedo, al agonizar la década de 1830, acrecentó igualmente la demanda de mano de obra. El primero fue construido en 1838 por el catalán Buena-ventura Espinach, en su hacienda “El Molino”, ubicada al sur de Cartago.²⁵

2.3 El intercambio desigual y la extracción de plusvalía

El control que tenían los mercaderes sobre el comercio exterior y el metálico al declinar la colonia, no desapareció luego de 1821; inversamente, fue reforzado. La emergente burguesía agroexportadora tendió a controlar el beneficiado, el financiamiento y la comercialización del café. El capital británico pagaba por adelantado la cosecha al gran cafetalero que, a su vez, financiaba a los pequeños y medianos productores. El avío que, año tras año, el exportador-beneficiador otorgaba al agricultor, se componía a veces de mercadería importada; pero mayoritariamente consistía en un adelanto de dinero. El habilitado, al cancelar con café el compromiso contraído, suministraba al mayorista el producto con que este liquidaría el débito que tenía en Gran Bretaña.

El avío anual no devengaba interés; con todo, vencido el plazo ordinario, el deudor incapaz de cumplir con el contrato tenía ante sí un trayecto difícil y angustioso. El último día fijado para entregar la baya se observaba de manera estricta: irrespetarlo se penaba duramente. El castigo que suponía cobrar cada quintal faltante con dos o dos pesos y cuatro reales por encima del valor original, se complementó con la pena de obligar al labriego a pagar de un 1 a un 3 por ciento de rédito mensual por toda la suma adelantada, mientras durara la demora. El productor que no cancelaba con metálico, fuerza de trabajo o café la obligación contraída, se exponía, al expirar la

corta prórroga que se le otorgaba, a la expropiación, la cárcel y los trabajos públicos.²⁶

La habilitación era esencial para el campesino que, al ir abandonando los cultivos de subsistencia, debía comprar lo que ya no sembraba. Las condiciones en que se otorgaba tal financiamiento fueron en un inicio bastante favorables; pero se endurecieron cada vez más después de 1850. El control que tenía el exportador sobre el crédito operativo fue deplorado desde temprano. El 29 de noviembre de 1845, en el *Mentor Costarricense*, alguien que se firmaba *un pobrecito hacendado*, manifestaba con amargura:

este importante ramo [el café] que daría al país la realidad de rico, está expuesto á ser, a mi juicio el puente que nos conduzca á la miseria, si las Cámaras encargadas de dar Leyes que hagan felices á sus comitentes no toman un doble empeño en protegerle i librarle de la codicia del comercio interior. No es mi propósito herir á los que trafican con este ramo, sino evitar que los hacendados, no teniendo otros recursos que sus matas de café, se vean en el caso de comprometer su fruto á un precio tan bajo establecido por el comerciante... El mal me parece está en ser muchos los que necesitamos dinero i pocos los que se encuentran en el caso de hacer esta preciosa especulación.²⁷

La práctica de “comprar barato y vender caro” pervivió evidentemente; no obstante, en el porvenir solo se concretó al amparo de una nueva forma de acumulación y de explotación: la capitalista, centrada en la producción y en el beneficiado

del café. En este proceso, al tiempo que a los peones se les extraía plusvalía, en el beneficio húmedo se revalorizaba el excedente arrancado, mediante el avío anual, al campesinado cafetalero.

El intercambio desigual con el exterior tampoco desapareció con la emancipación. Los años posteriores a 1821 contemplaron el nacimiento de una nueva red de dependencia comercial y financiera. Las relaciones mercantiles con Nicaragua y Panamá se eclipsaron y tomó auge el comercio con Europa, especialmente con la Gran Bretaña industrial. El capital británico, que financiaba la producción cafetalera y abastecía de manufacturas al importador costarricense, era el que fijaba por supuesto los términos del intercambio.

2.4 La transformación en la organización empresarial

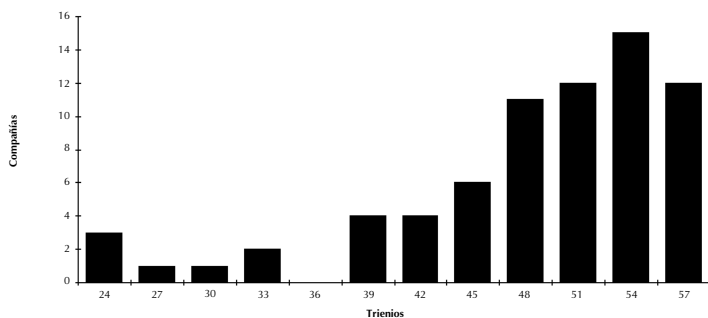
El inicio del capitalismo agrario supuso una complejización creciente de la vida económica. Esto repercutió en la organización empresarial: comenzaron a constituirse sociedades de negocios. Es cierto que, en el ocaso colonial, se fundaron varias compañías; pero fueron pocas y de corta vida. “Lombardo, Mora, Gallegos y Cía”, establecida en 1813 y disuelta en 1817, fue la más famosa y duradera. El comerciante individual, que traficaba al por mayor y al detalle con cuanto caía en su poder, era a todas luces el que predominaba.

La formación de compañías económicas (agrícolas, ganaderas, mineras, comerciales y otras) supuso, en el ámbito empresarial, una profundización en la división y especialización del trabajo y el surgimiento de un nuevo tipo de riqueza: el capital social. Esta transformación era esencial para responder a tres desafíos cruciales: los riesgos de involucrarse en actividades como la minería, que requerían una inversión cuantiosa y cuyo éxito no estaba asegurado; el financiamiento y la

administración de negocios comerciales cuyo volumen se había multiplicado sin cesar y cuyo radio de acción se había expandido enormemente; y los incrementados gastos e inversiones que demandaba la agricultura cafetalera.

GRÁFICO 2

Formación de compañías en el Valle Central de Costa Rica (1824-1859)



Fuente: ANCR. Protocolos Coloniales y Lara y Chamorro. San José, Cartago, Heredia y Alajuela (1824-1859).

EDITORIAL
UCR

#QuedateEnCasa

El mundo nuevo que nacía exigía una nueva organización empresarial, cuya difusión exitosa es trazada en el Gráfico 2. El cambio era básico no solo para enfrentar el reto de una economía dinámica que se reestructuraba, sino para asegurar y maximizar, en tal marco, la explotación del productor directo. Esto se expresó en la racionalización de la gestión, que la compañía entrañaba, y en el desarrollo del capital social que, al elevar el capital mínimo indispensable para acceder al grado de capitalista, consolidó el poder socioeconómico de la emergente burguesía agroexportadora.²⁸

2.5 El crédito

La expansión cafetalera implicó un cambio en la estructura crediticia. La relación entre el labrador y el mercader, a fines de la colonia, se reducía al rango de trueque porque la producción, excepto la tabacalera, no precisaba de un financiamiento sistemático. La inversión en la agricultura de subsistencia y la ganadería no necesitaba de una fuente externa a la chacara. El intercambio desigual descansaba en la incapacidad de la familia campesina para asegurarse la plena autosuficiencia. Esto era lo que movía al agricultor a lanzar el excedente agropecuario al mercado. El vender para comprar era su meta. La situación varió radicalmente después de la independencia.

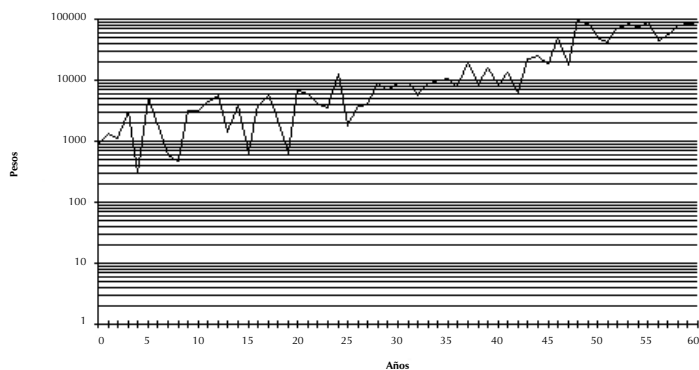
El dinero, luego de 1821, ya no se limitó a mantener el antiguo tráfico de ropas y abastos. La siembra del café, que entrañaba el paulatino abandono del policultivo, exigía que al labriego se le habilitara anualmente en metálico. Esto, sin embargo, no era todo. La agricultura cafetalera que, a raíz de la índole de la estructura agraria, solamente podía ser extendida por el campesino, reclamaba un financiamiento adecuado. El crédito, a un plazo amplio y con una tasa de interés reducida, era esencial para comenzar una plantación y atenderla mientras maduraba. El crédito barato constituyó así un incentivo para que el agricultor debutara en la aventura del café.

El préstamo monetario, que otrora fuera un privilegio del mercader, se extendió al campesinado. La estructura crediticia, en el contexto de una expansión sin precedente del crédito (trazada por el Gráfico 3), se transformó sin tardanza. El capital público y privado, que se encontraba controlado por Cartago al declinar la colonia, fue dominado por San José luego de la independencia. El capital público se modificó específicamente porque surgieron nuevas instituciones que concedían empréstitos: el Lazareto, el Montepío de Agricultura, entre

otras. A su vez, las municipalidades, que no cumplieron ninguna función financiera antes de 1821, dispusieron después de tal año de un fondo nada despreciable que destinaron al crédito, acumulado mediante la venta de tierra, el cobro de tributos y el control sobre los antiguos recursos píos.

GRÁFICO 3

Evolución del monto de los préstamos otorgados en el Valle Central de Costa Rica (1800-1860)



Fuente: ANCR. Protocolos Coloniales y Lara y Chamorro. San José, Cartago, Heredia y Alajuela (1800-1860).

Rodríguez Sáenz, Eugenia. Estructura crediticia, coyuntura económica y transición al capitalismo agrario en el Valle Central de Costa Rica (1850-1860). (San José, Universidad de Costa Rica, Tesis de Maestría en Historia...), p. 220.

El capital privado tendía a prestar a dos años plazo con un interés del 12 por ciento anual. El plazo a que prestaba el capital público fluctuaba entre tres y cinco años y el rédito era generalmente del 6 por ciento por año. El crédito barato, que

EDITORIAL
UCR

#QuedateEnCasa

fue aprovechado por el beneficiador y el labriego, alentó la inversión productiva que el café requería; evidentemente, una usura desmedida la hubiera desvirtuado. Es cierto que a veces el plazo que se otorgaba era muy corto (un año o menos) y el interés en extremo elevado, hasta un 48 por ciento anual; empero, esto ocurría esporádicamente. El crédito estaba al servicio de la producción. El metálico, que se empezó a utilizar para comprar tierra, plantar cafetales, construir beneficios y pagar salarios, comenzó a convertirse en capital. Esta transformación era vital para que el capitalismo agrario despuntara.²⁹

La finca familiar se vio obligada a triunfar en el mercado para satisfacer el avío anual y el empréstito monetario. Este era el precio que pagaba por precisar de una fuente externa para reproducirse. El agricultor, cuya dependencia del exportador se incrementó, fue cada vez más vulnerable a las oscilaciones en la cotización del café. Esto se reveló brutalmente al calor de las crisis de 1848-49, 1856-57, 1874-75 y 1884-85, cuando a muchos pequeños productores, que no pudieron honrar los compromisos contraídos, se les remataron las propiedades que habían hipotecado en favor de sus acreedores.

La expropiación económica, destino eventual del que se especializaba en el cultivo cafetalero, era el océano en que naufragaba la esperanza campesina. El deudor que no tenía con qué responder, se arriesgaba a terminar en la cárcel. Esta fue la suerte de Pedro Jiménez, vecino de San José. María Micaela Saborío, su mujer, en mayo de 1849:

...dijo que su esposo... se haya travajando en el Presidio por cantidad [174 pesos] que debe al Presbítero José Julián Blanco... y habiendo suplicado a éste la otorgante [que] le admita en seguridad ó en pago de la deuda un solar que tiene al frente de la casa que habitan,

caye de por medio, sembrado de caña y platanos y un potrerito unido al solar... [el acreedor accedió y Saborío para excarcelar a su marido] grava, cede é hipoteca las dos alhajas dichas de que tomara posesion el... [sacerdote] si en el mes de Julio próximo [piadosamente, el cura le prorrogó el plazo por sólo dos meses] no fuere satisfecho de la cantidad [adeudada]...³⁰

2.6 La valorización de la tierra y de la fuerza de trabajo

La monetización creciente que el país conoció, luego de la independencia coadyuvó sin duda a que, por vez primera, se diera un notorio proceso inflacionario. El alza de los precios, sin embargo, no resultaba meramente de la incrementada circulación monetaria. La valorización de la tierra y de la fuerza de trabajo constituía la base del movimiento. La agricultura cafetalera, que exigía una inversión productiva acrecentada y supuso una vigorosa demanda de mano de obra, valorizó enormemente los bienes raíces y la fuerza de trabajo.

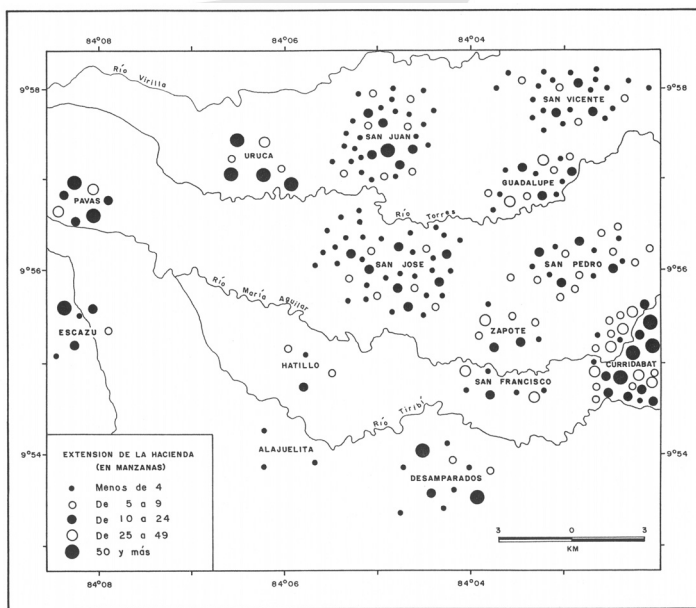
Fue en el marco de un específico balance de fuerzas sociales que el agricultor accedió al crédito y dispuso de ciertas estrategias de supervivencia. El razonamiento es aplicable, asimismo, a la valorización, que no obedeció simplemente al juego invisible y silente de las leyes de la oferta y la demanda. La tierra y la mano de obra se valorizaron porque el labrador era libre y dueño de su fundo. El signo bajo el que nació el capitalismo agrario fue esa doble conquista campesina.

La escasez de fuerza de trabajo, palpable en el alza del salario nominal, era fruto no solo del reducido tamaño de la población, sino de su naturaleza propietaria. La estructura agraria limitaba indiscutiblemente la oferta de mano de obra.

La valorización de la tierra y la constitución de las plantaciones de café no escaparon a tal condicionamiento. Las fincas más extensas estaban ubicadas en las zonas de reciente colonización y las más valiosas en la Meseta Central. La formación de medianas y grandes haciendas cafetaleras se dio no en función de la tierra disponible, sino de la oferta potencial de fuerza de trabajo, en torno de las pequeñas explotaciones familiares.

MAPA 1

Distribución según tamaño de 225 fincas de café, con una superficie total de 1.728 manzanas, localizadas en San José (1830-1850)



Fuente: Molina Jiménez, *Costa Rica (1800-1850)*, p. 246.

El paisaje que se vislumbra en el Mapa 1 es elocuente. La finca cafetalera típica entre 1830 y 1850 era pequeña (inferior

a 5 manzanas), con una elevada densidad de árboles: por encima de los 1.400 por unidad de superficie. El elevado número de matas por área devela el esfuerzo por aprovechar, al máximo, una tierra que se valorizaba crecientemente. El grueso de la producción, sin embargo, se concentraba en plantíos cuyo tamaño oscilaba entre 10.000 y 49.000 cafetos y en haciendas cuya extensión iba de 10 a 49 manzanas. La coexistencia de unidades de diversa extensión, aquejadas por faltantes y sobrantes de mano de obra y dotadas de una tecnología diferenciada (el beneficio húmedo), garantizó una efectiva explotación del productor directo, al favorecer una acumulación basada en el intercambio desigual y la extracción de plusvalía.³¹

2.7 Proletarización y estrategias de supervivencia del campesinado

La mercantilización de la fuerza de trabajo, que la agricultura cafetalera estimuló, expresaba la decantación, pausada pero irremediable, de un sector social al que, cada día que pasaba, se le desposeía: los peones. Es verdad que algunos labriegos tuvieron la suerte de enriquecerse lo suficiente para ingresar en las filas de la emergente burguesía agroexportadora, como Julio Sánchez Lépiz; sin embargo, se trató de casos aislados. Más significativo fue el surgimiento de una pequeña burguesía agraria, sometida a los beneficiadores y explotadora del jornalero y del agricultor empobrecido.³²

La expropiación del campesino fue, no obstante, muy lenta. Esto obedeció, sin duda, a la capacidad del labrador para seguir asegurándose el acceso a la tierra y a que la frontera agrícola abierta facilitaba la reconstitución de la finca familiar. La roturación no fue la única estrategia de supervivencia de que dispuso el agricultor. El productor directo podía combinar la agricultura del café con la de subsistencia, la cría de animales

y diversas labores artesanales; intensificar, en su fundo, el cultivo del “grano de oro” o de otro producto; vender, cuando era necesario, su fuerza de trabajo; dedicarse al transporte de la baya de San José a Puntarenas; y consagrarse al comercio en pequeña escala.

Las estrategias de supervivencia, cuyo fin era obtener un ingreso adicional, se pudieron ejecutar gracias a la libertad de que gozaba el productor directo. Las cuales permitieron no solo que el labriego subsistiera, sino que eventualmente se enriqueciera y prosperara. Merece resaltarse, al respecto, que a veces el agricultor recurriera al expediente de constituir compañías, especialmente agrícolas, comerciales y madereras, con el firme propósito de aprovechar la transformación socioeconómica en que se veía inmerso.³³

El ingreso del labrador era, por lo tanto, potencialmente múltiple; sin embargo, la evolución del país, durante el siglo XIX, favoreció singularmente dos opciones: el trabajo asalariado y la especialización en la agricultura cafetalera. La venta de la fuerza de trabajo, a raíz del alza en el salario nominal, era un expediente muy atractivo. El crecimiento de los precios, evidente después de 1830, ¿deterioró la entrada obtenida por trabajar en lo ajeno?

La relación entre precios y salarios es compleja. Entre 1830 y 1850, el sueldo de un peón josefino, como máximo, se cuadruplicó: de 3 a 12 pesos mensuales; pero, en tal lapso, la cotización de los víveres y de la manzana de tierra en San José se multiplicó por más de cinco.³⁴ ¿Hubo, entonces, una baja en el salario real? Esto último es discutible, dado que el trabajo asalariado no prevalecía en la economía de la época y el ingreso de la explotación campesina no dependía por entero del jornal. Es preferible acotar que, aunque el alza de los precios quizá superó a la de los salarios, el café elevó la entrada monetaria de la unidad familiar, al facilitar que sus diversos

miembros, no únicamente el esposo y padre, vendieran su fuerza de trabajo.

La especialización, por su parte, fue alentada por la excelente cotización internacional del “grano de oro”. El agricultor que no contaba con tierra suficiente descubrió que una finca exigua, rebosante de cafetos, era más rentable que un terreno de mayor extensión, sembrado de maíz y pastos. La especialización y la intensificación en el cultivo del café, que compensaban la excesiva fragmentación del suelo, valorizaban igualmente la parcela diminuta, y permitían que su dueño compitiera con ventaja por el crédito disponible, al estar respaldado por un fundo súbitamente valorizado.³⁵

2.8 La centralización del poder

La soberanía fragmentada, que primaba a fines de la colonia, desapareció sin una demora excesiva tras la independencia. El problema básico consistía en cuál circunscripción iba a ser el asiento del futuro poder central. La “Batalla de Ochomogo”, acontecida en abril de 1823, y la “Guerra de la Liga”, librada en octubre de 1835, evidenciaron que tal honor estaba reservado a San José, la población económicamente más activa del país.

La antigua “Villa Nueva” alcanzó esa posición a raíz de varios procesos: la inmigración de algunos mercaderes de Cartago, Heredia y Alajuela; el avecindamiento en su entorno de la mayoría de los negociantes extranjeros; el establecimiento, en 1824, de una Casa de Moneda; el control de la oferta y de la demanda crediticia; y una vida económica dinamizada por la formación de compañías comerciales, la apertura de tiendas, almacenes y talleres artesanales en el incipiente casco urbano y el desenvolvimiento, en el campo, de una agricultura mercantil primero y después capitalista, basada en el tabaco, la caña de azúcar y el café.

La capital del capitalismo agrario, que comenzaba a articular una economía nacional, se convirtió así en la capital de Costa Rica. El naciente Estado concentró el esfuerzo institucional en favorecer la transformación socioeconómica. La tarea era triple internamente: estimular la privatización del suelo y el cultivo del café; dotar al proyecto agroexportador de la infraestructura básica que necesitaba; y reorganizar y actualizar la legislación existente, con el fin de adecuarla al mundo nuevo que nacía.³⁶

La emergente burguesía agroexportadora, es cierto, monopolizó el Poder Ejecutivo y los agricultores ricos se sirvieron de las municipalidades para beneficio propio. Un caso bastante claro fue el del ayuntamiento de Barva. El campesinado rico, que controlaba el cabildo, se vendió a sí mismo la tierra municipal, con lo que incrementó el fondo crediticio del ayuntamiento, que consagró todos sus recursos a financiar a dicho grupo de compradores. El control del poder local fue la base estratégica para que el *kulak* barveño se beneficiara del crédito barato y de la mercantilización de la tierra.³⁷

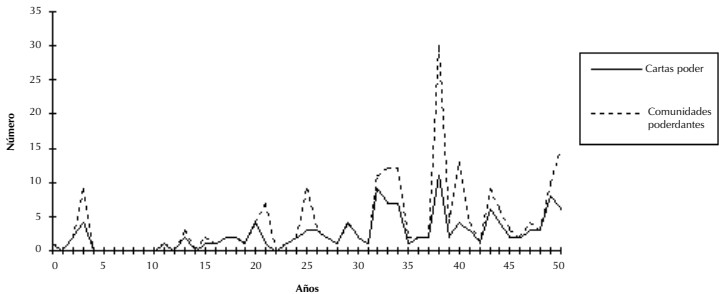
El Estado, sin embargo, no era un mero instrumento de dominación; por el contrario, era el resultado institucional de una específica condensación de fuerzas sociales. El conflicto era inherente a su ser. Las contradicciones entre los poderes (el Ejecutivo contra la municipalidad, por ejemplo), a raíz de su diferente composición social, se cruzaban y anudaban con las luchas entre diversos grupos, a favor o en contra de dichos poderes. El universo en que se inscribían tales enfrentamientos estaba constituido por las relaciones asociativas y antagónicas entre explotadores y explotados.

2.9 La lucha campesina

El campesinado no permaneció impávido ante la transformación económica. Los agricultores, mediante una lucha pacífica y

legalista, cuyo vaivén devela el Gráfico 4, procuraron defender el modo de vida (valores, costumbres y tradiciones) asociado con la propiedad fundiaria comunal; pero tal esfuerzo fracasó. La agricultura cafetalera, que favoreció la privatización del suelo, era la única que, dada la buena cotización del grano, prometía rescatar de la pobreza al productor directo. La diferenciación material entre los labradores tampoco facilitaba la lucha porque el labriego rico apostaba por la propiedad privada de la tierra. La legislación del emergente Estado, por su parte, entrañó a la larga el óbito de la reglamentación con que la comunidad aldeana se autorregía.

GRÁFICO 4
Cartas poder otorgadas por comunidades campesinas
del Valle Central de Costa Rica (1800-1850)



Fuente: Molina Jiménez, *Costa Rica (1800-1850)*, p. 318.

Protocolos Coloniales y Lara y Chamorro. San José, Cartago, Heredia y Alajuela (1800-1850).

La capitalización del agro, en marcha tras 1830, agudizó la diferenciación campesina y trastornó el marco cultural y el

quehacer productivo de la comunidad aldeana. La privatización del suelo provocó que servidumbres de agua y de paso pesaran cada vez más, lo que estimulaba al dueño, cuya propiedad se veía afectada, a desconocer tales derechos. Igualmente, la mercantilización creciente de ciertos valores de uso (madera, bejucos, leña y otros) propició la depredación de los recursos naturales, en particular la destrucción indiscriminada del bosque. Los campesinos dueños de la Montaña de Candelaria, en junio de 1845, se quejaban de los

“...graves... perjuicios que se sufren por los que no son dueños en la extracción de materiales, ocasionando por esta causa volteas de monte sin necesidad...”³⁸

El modo de vida del “labriego sencillo” se vio así minado desde fuera por los procesos de crecimiento demográfico, privatización y comercialización del suelo y centralización y reforzamiento del poder político; y desde dentro por la agudización de la diferenciación mundana entre el campesinado. La mercantilización creciente del agricultor no se limitaba solo a la producción de mercancías, sino que abarcaba eventualmente la adquisición o venta de fuerza de trabajo. El resultado fue que la comunidad aldeana de origen colonial, al generar una capa de pequeña burguesía agraria y un sector asalariado no proletario, acabó ayudando a cavar su propia sepultura.

El país, a pesar de la agitación campesina y de la lucha por el poder, que a veces terminaba en una asonada militar, no fue arrastrado al caos y a la ruina. ¿Por qué? El secreto estriba nuevamente en la estructura de clases. Las relaciones asociativas y contradictorias entre los diferentes grupos sociales, cuyo fundamento era la fuerza de la ley y no la ley de la fuerza, se articulaban alrededor de un proyecto común: el desarrollo de

una agricultura comercial volcada hacia el mercado externo. Este era un horizonte compartido por el productor y el exportador, por el humilde y el poderoso.

3. LA CONSOLIDACIÓN DEL MUNDO CAFETALERO (1850-1890)

El capitalismo agrario, después de 1850, se consolidó. Este proceso convirtió al café en casi el único producto de exportación del país, alentó la colonización agrícola en el este y el oeste del Valle Central, integró a Guanacaste a la economía nacional, amparó el surgimiento de la banca capitalista, atrajo el apoyo del Estado y alimentó el descontento artesano y campesino.

3.1 La monoexportación

La producción de café, entre 1850 y 1890, se afianzó intensiva y extensivamente. La excelente cotización del fruto era una tentación que no se podía eludir con facilidad. La siembra del grano se difundió por toda la Meseta Central y, especialmente, en ciertos parajes de San José, tendió a desplazar con fuerza a la agricultura de subsistencia y al ganado. Paul Bio-lley legó una descripción hermosa y concisa de la expansión del “grano de oro”. Este profesor francés, en 1889, aseveraba:

“toda la Meseta desde Cartago a Alajuela estaba cubierta con plantaciones de magnífico aspecto en todas las estaciones, un vasto huerto de perpetua verdura”.³⁹

La concentración de la producción cafetalera en la Meseta Central obedeció, aparte de lo socioeconómico, a un ambiente

natural bastante propicio. La situación, en la frontera agrícola, no era tan favorable, ecológica ni históricamente. La consecuencia fue que el café no predominó en tales parajes, en los cuales fue solo un cultivo destacado. El fruto debió coexistir, en los valles del Reventazón y Turrialba, con la ganadería y el cacao; y en la región Sarchí-San Ramón, con la caña de azúcar, los granos básicos y el pasto.

La economía nacional asoció su destino con la suerte de un único producto. El café, entre 1850 y 1890, representaba alrededor del 90 por ciento del valor de la exportación total de Costa Rica y desalentó su diversificación económica. Es cierto que la burguesía agroexportadora especulaba con cuanto prometiera ser rentable; sin embargo, el café era un competidor invencible. La actividad cafetalera constituía el eje de la acumulación de capital. El resultado era predecible: el país se deformó económicamente y fue en extremo vulnerable a las fluctuaciones internacionales del precio del fruto. Los ciclos recesivos del mundo capitalista lo demostraron de manera brutal: durante las crisis, el café se pagaba mal y costaba colocarlo. El cafeto podía ser generoso, pero el mercado era despiadado.

La tecnificación del café se limitó esencialmente al beneficiado húmedo, utillaje que a la postre fue controlado por una minoría: en la década de 1880, frente a 7.490 fincas cafetaleras, había 256 beneficios, algunos con un solo dueño.⁴⁰ Este avance tecnológico tuvo sin duda su costo. El pequeño caficultor, entre 1830 y 1860, tras construir un patio de tierra o calicanto, podía procesar en seco la baya. Esto le permitía vender el quintal del “grano de oro” a un precio superior, dado que se apropiaba del valor agregado que le deparaba la venta de un producto ya “acabado” y listo para el transporte y el embarque.

El productor, tras secar el grano al sol, utilizaba carretas cargadas y tiradas por yuntas de bueyes para descascararlo. Esta técnica, barata y sencilla, se difundió con presteza. El café

beneficiado en seco, cuyo sabor no era el más fino, fue el que triunfó en Europa;⁴¹ pero a partir de 1850, todo empezó a variar. El exportador, gracias a su control del crédito y del comercio exterior, fue capaz de financiar crecientemente café en fruta, con el propósito de beneficiarlo en su planta. El éxito de tal práctica, que desvió el curso del valor agregado en pro del beneficiador, supuso la obsolescencia de una estratégica tecnología campesina.

El cambio anterior fue facilitado porque, desde la década de 1850 por lo menos, los pequeños y medianos caficultores tenían la opción de comprar el servicio de beneficiado húmedo: en efecto, varios propietarios de beneficios empezaron a ofrecer sus instalaciones para procesar el café ajeno.⁴² Esta oferta, que a corto plazo limitó el monopolio que los beneficiadores tenían sobre la tecnología más cara y especializada del universo cafetalero, consolidó a la larga el procesamiento hidráulico del grano de oro como el único aceptable.

La agricultura cafetalera, aunque ganó con la difusión de los instrumentos de metal (arados, palas, hachas y otros por el estilo), no podía ser mecanizada. Este condicionante no alentó una mejora tecnológica sistemática. La técnica agrícola siguió siendo extensiva, por lo que la productividad del trabajo, a largo plazo, se estancó o decreció. El destino del rendimiento del suelo fue similar, ya que el empobrecimiento de la tierra tampoco era compensado por un abonado sistemático.⁴³

El café precisaba básicamente de tierra y de mano de obra. El país acogió tal requerimiento y, al precio de desatender y descartar todo lo que no se relacionara con el “grano de oro”, canalizó su mejor esfuerzo hacia tal producto. Este camino, sin embargo, no llevaba al desarrollo. El estímulo proveniente del mercado externo, que solo valoraba a Costa Rica como productora de la baya, consagró la monoexportación y desalentó la producción para el consumo interno, que tendió a rezagarse

de cara al crecimiento demográfico y al alza paulatina de la población urbana.

La satisfacción de la demanda interior no era nada difícil. El mercado mundial se encontraba presto para asumir el relevo y suministrar lo que ya no se producía internamente; al hacerlo, reforzaba la monoexportación y la marginación de la agricultura para consumo doméstico, de la ganadería y de la artesanía. Más del 80 por ciento de lo importado, entre 1850 y 1890, estaba compuesto por bienes de consumo: entre otros, textiles, alimentos y loza. La importación de bienes de capital (metales, herramientas y maquinaria) era bastante raquítica, evidencia clara de una pobre inversión productiva.⁴⁴

La supremacía del café en el valor de las exportaciones no era un asunto puramente estadístico. La monoexportación consolidó la vocación agroexportadora del país, fortaleció el poder socioeconómico de la burguesía cafetalera y afianzó la posición subordinada que Costa Rica ocupaba en la división internacional del trabajo. El resultado global fue que la dependencia se incrementó. El devenir nacional giraba en torno al café que, a su vez, era el que lo articulaba con el exterior. El crecimiento económico del siglo XIX no fue equilibrado ni integral. La crisis de 1897-1907 no tardaría en patentizarlo.

3.2 La colonización agrícola

La colonización agrícola fue una característica esencial del capitalismo agrario en Costa Rica. El movimiento se acrecentó sobre todo a partir de la década de 1850. El aumento en la donación y en la venta de baldíos por el Estado lo atestigua: entre 1850 y 1890, 196.416 hectáreas fueron vendidas y 161.754 fueron donadas.⁴⁵ La emigración fue tan poderosa que ni siquiera la catástrofe demográfica de 1856-57, provocada por la guerra y la peste del cólera, la detuvo, aunque sí

la menguó. El emigrante se encaminaba, a veces, hacia los lluviosos valles del Reventazón y Turrialba. La principal zona de atracción fue, sin embargo, el noroeste del Valle Central. ¿Por qué?

La conquista de los valles del Reventazón y Turrialba no fue muy importante hasta 1890. La mayor parte del suelo no se explotaba debidamente. El café, la caña de azúcar, los plátanos, los granos básicos, el cacao y el pasto se asomaban aquí y allá, en un paisaje dominado por el bosque. La falta de buenas vías de comunicación no favorecía el desarrollo de una agricultura intensiva; a pesar de esto, la tierra empezó a ser acaparada desde temprano. Los propietarios eran comúnmente agricultores ricos y hacendados prósperos de la Meseta Central. El poder político, al que estaban ligados, y la legislación liberal, que los amparaba, les permitieron consolidar extensas propiedades territoriales. El latifundio les sirvió para respaldar otros negocios, especialmente para obtener crédito.⁴⁶

La situación varió con la construcción y funcionamiento del ferrocarril al Atlántico. El reciente medio de transporte alentó la intensificación agrícola. La selva empezó a ser sustituida por vastas haciendas, laboradas por proletarios y consagradas a la ganadería y al cultivo del café y de la caña de azúcar. La relación entre el hacendado y el peón desposeído, que en la Meseta y en el noroeste del Valle Central escaseaba, era la regla en el oriente, patrón socioeconómico que fue reforzado por la producción de banano. La United Fruit Company, que controló el universo bananero, no se demoraría en inaugurar la plantación capitalista. Esta era la peor cara del capitalismo agrario.⁴⁷

El espacio que separa a Sarchí de San Ramón exhibía una pintura bastante diferente. La emigración se había iniciado en la década de 1830. El movimiento obedecía a la presión socio-demográfica y al atractivo de la frontera. La Meseta, que ofrecía trabajo y no tierra (en una época de alza del salario nominal),

seducía al productor con tierra insuficiente, especializado en la siembra de café o de otro cultivo y acostumbrado a vender su fuerza de trabajo; pero no a la familia campesina de mediano caudal. La fragmentación del suelo, fruto del crecimiento poblacional y de la repartición equitativa de la heredad, empobrecía; emigrar ayudaba a eludir tal suerte.

La aventura de colonizar tenía su costo: con frecuencia, exigía una inversión inicial considerable, por lo que no era cualquiera el que podía emprenderla adecuadamente. La típica pareja pionera estaba constituida por el joven labrador y su esposa; no por el jornalero y la suya. La roturación permitía, sobre una amplia base fundiaria, reconstituir el paraíso perdido. El noroeste, sin embargo, no era igualitario económicamente. La frontera, al no estar inmunizada contra la capitalización agraria, presenció el despliegue paulatino de una jerarquización social similar a la de la Meseta.

El colono no soñaba simplemente con independizarse y sobrevivir. La ilusión que lo movía era la de convertirse en un productor mercantil. La cría de ganado para satisfacer el consumo de la Meseta fue lo que primero lo ligó al mercado. La intensificación agraria, que se basó en la sustitución del bosque y el pasto por el café, la caña de azúcar y los granos, consolidó su vocación empresarial. El proceso fue estimulado por la fragmentación del suelo y la creciente demanda interna. El cultivo intensivo rentabilizaba la finca exigua y capitalizaba la extensa. La diversidad agrícola aseguraba, a raíz de la solidaridad de los ciclos productivos, un empleo uniforme, a lo largo del año, de la mano de obra familiar y asalariada.⁴⁸

La ocupación del noroeste descansó básicamente en los hombros del productor directo. ¿Por qué el hacendado, que se quejaba continuamente de la carestía de mano de obra, no lo impidió? La movilidad social y geográfica del agricultor no podía ser restringida fácilmente; su acceso a la tierra tampoco.

La burguesía agroexportadora tuvo que aprender a aceptarlo y aprovecharlo. Este tipo de colonización agrícola la favoreció, ya que el labrador era el que corría con los riesgos de la roturación; y la pervivencia de la finca campesina cargaba sobre la familia, parcial o totalmente, los costos de la reproducción de la fuerza de trabajo.⁴⁹

El especulador, es cierto, no estuvo ausente en la colonización del noroeste. El vasto terreno del que acabó apropiándose comúnmente, servía de respaldo financiero y podía ser vendido, con lucro, al campesino. La burguesía cafetalera, no obstante, nunca se sintió especialmente atraída por la región Sarchí-San Ramón. La tierra abundante y la reducida población disminuían la oferta potencial de fuerza de trabajo y elevaban los jornales. El desinterés por emigrar se patentizó en el escaso número de beneficios que se instalaron allí.⁵⁰ La presencia, no tan fuerte y acentuada del gran capital, repercutió bondadosamente en el ascenso de una pequeña y mediana burguesía agraria.

La roturación colmó las expectativas del agricultor. Emigrar era para el labriego sinónimo de independencia y mejoría. Este significado fue válido históricamente. La diferenciación mundana no se encontraba tan avanzada en el noroeste como en la Meseta. La intensificación agraria, a su vez, tuvo su lado positivo. La diversidad agrícola, la especialización cafetalera, la venta de fuerza de trabajo, el servicio de transporte y la artesanía jugaron en pro del ingreso campesino; pero la bonanza no fue eterna. La familia labradora fue golpeada por la baja en el precio del café, la fragmentación del suelo y la caída del salario, del cual, hacia 1890, dependía más que en 1850. El noroeste se transformaba. Ya no recibía población; empezaba, por el contrario, a expulsar la propia. Tilarán y San Carlos fueron los lugares a los que el emigrante, descendiente de emigrante, viajó a probar nuevamente fortuna.⁵¹

La tierra prometida fue así alcanzada y posteriormente perdida. Es evidente, sin embargo, que la experiencia del noroeste no se repitió en los valles del Reventazón y Turrialba. La diferencia obedecía, sin duda, a la época en que se colonizó una y otra región. El agricultor, motivado por el mejor ambiente natural, y luego por el camino de carretas que al unir San José con Puntarenas facilitaba transportar el excedente agropecuario a la Meseta o al puerto, se dirigió hacia poniente desde 1830. La transformación socioeconómica, en esta década, apenas comenzaba; a fin de siglo, la situación era distinta. El capitalismo agrario, al término de diez lustros de crecimiento económico, se había consolidado y se había deteriorado la posición del campesinado. El este del Valle Central, valorizado por el ferrocarril al Atlántico, fue colonizado por el capital fortalecido y no por un campesinado debilitado.

3.3 Guanacaste

La ganadería, aunque florecía en Orotina y Esparza, era a fines de la colonia típica de Guanacaste, especialmente de los valles del Tempisque y Bagaces, tierra del latifundio, no así de Nicoya, donde primaba la huerta, dedicada a la agricultura de subsistencia. Las haciendas pertenecían generalmente a propietarios absentistas de Nicaragua y de la Meseta. La inversión de capital era pobre y se limitaba al casco: la casa, el granero y los corrales. El ganado, que se exportaba a Guatemala, crecía y se reproducía casi de manera natural. El carácter extensivo de la economía no era casual. La región tuvo que adaptarse a la carestía secular de mano de obra. El latifundio, encabezado por un mayordomo, disponía de pocos peones fijos y contrataba trabajadores temporales cuando lo necesitaba.⁵²

La fuerza de trabajo se retribuía con metálico, mercadería y el usufructo del suelo. Esta relación, que permitía al campesino

sembrar y criar animales en territorio formalmente ajeno, podía restringir su movilidad, al atarlo a la hacienda mediante el endeudamiento, aunque tal fenómeno parece haber sido bastante limitado. El adelanto de “efectos” se vislumbra, por ejemplo, en un informe de Luis Gorgona, mandador en la hacienda que Félix Martínez, próspero comerciante de San José, poseía en Abangares; en enero de 1822, el mayordomo declaraba en la planilla de gastos:

primeramente el citado don Felis Martines me mandó veinte y dos pesos en ropa, mas un peso en sombreros... mas un peso de un pañuelo que ganaron unos buases [sic]... por dies varas cotin a cinco reales que me dio don Manuel Flores, el mismo seis varas gerga a 6 reales, el mismo un corte de nagueas en quatro pesos, mas cuatro y medias varas gerga que me dio el mismo a 6 reales varas, el mismo me dio un corte 8 varas todo blanco a 4 reales vara, también me dio el mismo seis varas platilla a dos reales vara...⁵³

Hacia 1821, la integración de Guanacaste al Valle Central era sumamente débil. La situación se modificó después de la independencia. El capital mercantil de la Meseta, que ya monopolizaba la comercialización local del tabaco y del licor y controlaba el cobro del diezmo, se proyectó decididamente: buscaba colocar en el mercado guanacasteco la mercadería importada y dominar el tráfico del palo brasil. La mutación crucial, sin embargo, solo aconteció entre 1840 y 1860. El alza del precio del ganado en la Meseta, a causa del desplazamiento del pasto por el café, fortaleció el comercio interregional (venta de las reses en la plaza de Alajuela). El cambio indujo a

la burguesía cafetalera a interesarse seriamente por la riqueza de la región.⁵⁴ La minería carbonífera y cuprífera fue, por esa época, otra opción que la cautivó.⁵⁵

El ganado evidentemente no perdió su posición privilegiada. La demanda interna fomentó la tala del bosque para extender el área ganadera; luego de 1880, la deforestación se aceleró. La extracción de madera fina, que se exportaba al Perú o se vendía en la Meseta, coadyuvó a la capitalización de la hacienda. La ganancia que deparó la especulación maderera tendió a reinvertirse en la ganadería. La mejora tecnológica prosiguió al empezar el siglo XX: se cruzó el ganado criollo con el cebú y se introdujo el pasto artificial. El capitalismo debutaba en Guanacaste cuando en el Valle Central ya estaba consolidado.

La consolidación de la ganadería en Guanacaste se efectuó bajo una fuerte oposición de un campesinado libre, que prefería cazar a cultivar y que trabajaba ocasionalmente en las haciendas. Este rechazo popular derivó en conflictos violentos y, a comienzos del siglo XX, el Estado procuró resolver los casos más graves mediante la compra de latifundios para distribuirlos entre los campesinos. El éxito parcial de esas pequeñas reformas agrarias en apaciguar los ánimos no evitó que el grueso de la población, de origen indígena y mulato y con fuerte influencia del Pacífico nicaragüense, se empobreciera y, dada la falta de empleo y de mercados atractivos, emigrara a otras áreas, en cuenta al imperio caribeño de la United Fruit Company.⁵⁶

3.4 La banca

El crédito público y privado funcionó, después de 1850, igual que en la época anterior. El capital privado, sin embargo, experimentó un cambio decisivo: se institucionalizó. El desenvolvimiento del capital privado fue tal que el estrecho y efímero

marco del individuo e incluso de la compañía mercantil se tornó inadecuado. El creciente comercio exterior presionaba por un eficiente servicio financiero. La banca fue el remedio: satisfacía las apremiantes necesidades del capitalista y del capitalismo. Las principales entidades que se fundaron fueron el Banco Nacional Costarricense (1858), el Banco Anglo-Costarricense (1863), el Banco Nacional de Costa Rica (1867) y el Banco de la Unión (1877).⁵⁷

La banca, a pesar de todo, tuvo un parto difícil y, ya establecida, se convirtió en una manzana de la discordia burguesa. El control de la banca por una fracción de la burguesía agroexportadora, especialmente por la que detentaba el poder político, podía reorientar la acumulación de capital en favor de tal grupo. El temor no era infundado: comúnmente la relación entre el Estado y la banca fue íntima, lo que alimentó la contienda en el seno de la burguesía. Juan Rafael Mora, derrocado en agosto de 1859, cayó víctima de su fuego en 1860. La clase a que pertenecía no le perdonó que fuera simultáneamente Presidente de la República y socio conspicuo del efímero “Banco Nacional Costarricense”, abierto en junio de 1858 y cerrado diez meses más tarde.⁵⁸

El conflicto no se limitó a la burguesía agroexportadora por supuesto. La banca que se instituyó, básicamente emisora, se dedicó a descontar valores, abrir cuentas corrientes, comprar y vender distintos medios de pago y a ofrecer otros servicios similares. Se encontraba al servicio del gran capital, sobre todo de su rama comercial. La creación de un banco hipotecario, que liberara a la pequeña y mediana burguesía y al campesinado del pesado yugo financiero del beneficiador, fue una reivindicación que apareció pronto; pero la batalla por instituirlo fracasó una vez tras otra. El gran cafetalero, que perdería mucho con la fundación de una institución de tal índole, se opuso denodadamente. El general Tomás Guardia, en agosto

de 1871, trató el tema: en su opinión, la banca hipotecaria, sueño largamente perseguido y nunca alcanzado, redimiría

“... a los pobres de la expoliación de los capitalistas...”⁵⁹

El general Tomás Guardia, pese al aura dictatorial que lo adornaba, jamás consiguió, aunque lo intentó repetidamente, erigir un banco hipotecario. La burguesía agroexportadora adversó tal idea de manera radical. Le bastaba con el banco emisor, que apuntalaba su control sobre el crédito y fortalecía su posición privilegiada en el financiamiento de la producción cafetalera. El “sistema bancario” de la época, que perpetuaba la explotación del campesinado vía el intercambio desigual, convertía a los grandes cafetaleros en directores de la inversión nacional, privilegio que canalizaban en su provecho.

El desvelo de la burguesía agroexportadora por controlar el crédito obedecía a un doble propósito: asegurarse la iniciativa en cualquier potencial diversificación económica (proceso en curso después de 1890) y limitar el ascenso social y la competencia eventual de la pequeña y mediana burguesía agraria. La estructura crediticia prevaleciente, cuya base era la industria cafetalera, fomentó la monoexportación y la penetración del capital extranjero, en especial el estadounidense, en cuanto campo el capital criollo no predominaba ni invertía.⁶⁰

3.5 El Estado y la economía agroexportadora

La relación entre el Estado y la economía agroexportadora se estrechó luego de 1850. El Estado, afianzado en lo interno y lo externo, apoyó sin vacilación el arraigo del capitalismo agrario; salvo por la Campaña Nacional (1856-1857), fue sacudido únicamente por fugaces y poco cruentas asonadas

militares. El esfuerzo estatal abarcó la frecuente modernización de la legislación y la eliminación de diversas reliquias coloniales: tierras comunales, diezmo y otras. El Estado, sin embargo, concentró su atención en garantizar una adecuada prestación de los servicios indispensables y la creación de la infraestructura básica que el capital requería. El gasto estatal, en 1870, se dividía entre funciones administrativas (un 13 por ciento del total), policíacas y militares (un 30,6 por ciento), sociales (un 4,6 por ciento), económicas y financieras (un 33,6 por ciento), y diversas (un 18,2 por ciento).⁶¹

La construcción del ferrocarril al Atlántico, que se inició en la época de Guardia, fue la obra magna del Estado, y en 1879 supuso un máximo del 36,4 por ciento de los gastos estatales. La salida al Caribe era una ambición antigua. El camino a Matina, comenzado en la década de 1830, no se concluyó en la época de Carrillo; pero cincuenta años después, la vía férrea, que permitía exportar el café directamente a Europa y evitar el desvío por el Cabo de Hornos o por el istmo de Panamá, aligeró y abarató el transporte del fruto del Valle Central a la costa y de aquí al exterior. El ferrocarril, aparte de mejorar la comunicación, abrió la puerta al capital norteamericano; estimuló la intensificación agraria en los valles del Reventazón y Turrialba y el cultivo del banano en Limón, que arrebataría a Puntarenas el título de principal puerto de Costa Rica; y tendió a despojar al agricultor del ingreso adicional que obtenía por el acarreo del “grano de oro”.⁶²

La hazaña ferroviaria no debe oscurecer algo fundamental: fiscalmente, el Estado era débil y bastante vulnerable. El doctor Carlos Merz, en 1936, lo exteriorizó con amarga ironía:

“en Costa Rica... toda la ciencia hacendaria se reduce a aumentar los ingresos recargando el alcohol y las aduanas”.⁶³

El fisco se alimentaba esencialmente de las utilidades producidas por la Fábrica Nacional de Licores, fundada en 1858, y de los impuestos aduaneros, que representaron un 70,7 por ciento de los ingresos fiscales en 1870 y un 54,6 por ciento en 1936. El alza de las importaciones, reflejo del incremento de las exportaciones, provocaba una bonanza fiscal; naturalmente, este mecanismo actuaba también a la inversa. La caída de la exportación disminuía la importación y originaba una crisis en el erario. El financiamiento del aparato estatal era a todas luces inapropiado y se encontraba sometido a la cotización internacional del café. El Estado, que canalizaba el gasto público en función de la economía agroexportadora, dependía básicamente de la tributación indirecta. Fue incapaz de gravar, de manera adecuada, a la burguesía.

3.6 La incubación del descontento

El esfuerzo del agricultor del Valle Central por defender la propiedad comunal del suelo tendió a desaparecer tras 1850; en su lugar, prevaleció una conflictividad agraria caracterizada por la protesta individual, pacífica y encauzada por la vía legal,⁶⁴ que se combinó con la lucha entre comunidades y beneficiadores por la contaminación provocada por el procesamiento del café.⁶⁵ La defensa de la tierra común, emprendida por algunos sectores campesinos de Guanacaste en el siglo XX,⁶⁶ fue una reivindicación mantenida únicamente, y con poco éxito, por algunos pueblos indígenas entre 1850 y 1890. Los aborígenes de Orosi, en marzo de 1881, declaraban:

...no queremos que los nuevos vecinos [blancos] nos vejen, traten de ejercer sobre nosotros cierto dominio, nos priven de nuestros derechos y nos hostilicen como lo hacen, a

tal extremo, que aunque vivimos en lo que nos es propio y estamos en posesión de las tierras que nos legaron nuestros mayores, no hacemos uso de ellas con toda libertad, pues tenemos el trabajo aún de criar a la mano nuestro ganado para que éste no ocasione daño a los blancos; mientras que el de éstos pasta libremente en el pueblo causando perjuicios en nuestras sementeras. A esto se agrega que los ladinos talan los montes inmediatos dejando a las mugeres solas en la necesidad de retirarse para proveerse de leña para su consumo diario.⁶⁷

La consolidación del capitalismo agrario, sin embargo, no generó una conflictividad desbordada y sangrienta; ausencia que se hizo sentir sin tardanza. La contradicción entre el productor directo y el capitalista no era suficientemente aguda para inhibir la lucha en el seno de la burguesía. Las distintas fracciones burguesas, tras limitar la participación de los sectores populares en el juego político, competían con ardor por el control del Estado, valiéndose de un aparato militar profesional, fortalecido por la “Campaña Nacional”.⁶⁸ La paz social absorbía el fuego de la contienda política.

Hacia 1850 todo parecía estar bien. Había tierra para colonizar. El trabajo en lo propio primaba sobre la labor en lo ajeno. El precio del café era alto. El salario también. El mercado interno crecía y alentaba el despliegue de la artesanía. Pero la bonanza no perduró: entre 1870 y 1890, todo comenzó a variar. La cotización del café se deterioró. El incremento demográfico fragmentaba el suelo y aumentaba la oferta de mano de obra. El jornal se estancó o disminuyó. El ferrocarril tendió a desplazar la carreta. El acaparamiento territorial se acrecentó y

la frontera agrícola fue quedando cada vez más lejos. El libre-cambismo promovió la manufactura industrial a costa de la artesanal y se intensificó la venta de fuerza de trabajo artesana y campesina.⁶⁹

La dinámica económica inclinaba el balance de fuerzas sociales del lado de la burguesía agroexportadora. La concentración y la centralización del capital se traducían en una proletarianización mayor. El proceso era pausado, pero irreversible. El descontento social empezó a incubarse y, caldeado por las reformas liberales, por el conflicto entre el Estado y la Iglesia y por el surgimiento de los partidos políticos, explotó con una inmensa e incruenta llamarada el 7 de noviembre de 1889.⁷⁰ La edad de oro burguesa acababa. La agitación rural y urbana sería en el futuro una constante. El campesinado y el artesanao ingresarían, en el siglo XX, por el desquite.

La época 1870-1890 presenció una mutación crucial. El Estado no fue ya administrado directamente por las poderosas familias cafetaleras. Esa tarea fue asumida por cuadros profesionales, de abogados especialmente, consagrados por las reformas liberales, que redujeron la influencia militar y racionalizaron, mediante el partido político y la justa electoral (no bastante limpia y libre, es cierto), la lucha por el poder.⁷¹ El civilismo, que tendió a normalizar la contienda política, fortaleció el papel jugado por la ley, lo que facilitó la extensión de una serie de libertades y derechos para la sociedad en su conjunto.

El descontento social, en efecto, logró abrir una puerta para incorporarse a la institucionalidad vigente. La represión moderada se aunaba con la integración oportuna. El patrón material y cultural de las relaciones sociales favorecía la búsqueda del concierto y la institucionalización del conflicto. El paisaje, en el resto de Centroamérica, era distinto: dictadura y sangre. La utilización de la violencia en Costa Rica, ni siquiera durante los años de los Tinoco (1917-1919), alcanzó tal virulencia.⁷²

La protesta social, sin embargo, era únicamente el signo de un movimiento que se encontraba bajo la superficie. Hacia 1890, el país conoció, en diferentes niveles, diversas tomas de consciencia.

Los artesanos y obreros en las ciudades comenzaron a demandar mejores salarios y condiciones de trabajo. El campesinado cafetalero empezó a luchar por un precio justo para el grano que cultivaba. La intelectualidad liberal descubrió súbitamente las debilidades de la economía agroexportadora y sugirió diversificarla. La emergente literatura halló que el capitalismo agrario había transformado el modo de vida de los distintos grupos sociales, que comenzaban a su vez a percatarse, al calor de sus confrontaciones, de lo que el mundo creado por su esfuerzo había hecho a sus existencias y a sus relaciones; de lo que los separaba y de lo que los unía.⁷³

4. FIN DE SIGLO: DIVERSIFICACIÓN ECONÓMICA Y CONFLICTOS SOCIALES

Las exportaciones costarricenses, dominadas por el café desde la década de 1830, empezaron a diversificarse a fines del siglo XIX, con la expansión vertiginosa del cultivo del banano. Los años posteriores a 1900 fueron testigos, a su vez, de un nuevo ciclo minero y del auge de la caña de azúcar y el cacao. Este proceso de diversificación estuvo asociado con una mayor diferenciación social y con una conflictividad creciente.

4.1 Ferrocarril y banano

El Caribe costarricense estuvo casi despoblado durante la colonia. Con la expansión del café a partir de 1830, surgió el interés por contar con un camino que facilitara el comercio

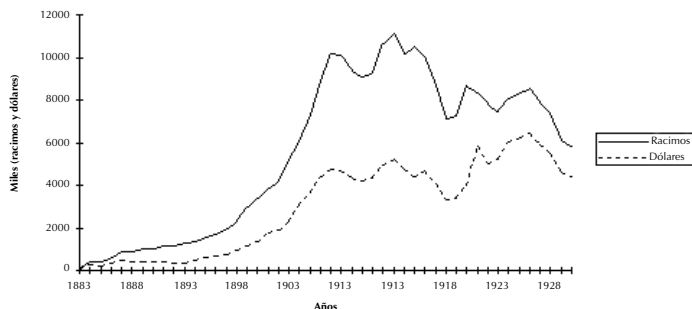
con Europa. Este afán empezó a cristalizar en la década de 1870, cuando el gobierno del general Tomás Guardia inició la construcción del ferrocarril al Atlántico. La empresa, sin embargo, no se logró terminar debido a dificultades técnicas, corrupción y falta de recursos. En tales circunstancias, el empresario estadounidense, Minor C. Keith, propuso “arreglar” la deuda que el gobierno había contraído en Inglaterra y terminar la construcción de la obra. A cambio, Keith solicitó que se le concediera la explotación del ferrocarril por 99 años, facilidades portuarias en Limón y que se le otorgaran vastas extensiones de tierra en la zona (800.000 acres). El gobierno del general Próspero Fernández (Guardia murió en 1882) aceptó la propuesta de Keith y firmó el contrato correspondiente en 1884.⁷⁴

De inmediato, Keith empezó a sembrar banano en las tierras cedidas y a exportarlo a Estados Unidos, con el fin de ayudarse a financiar la terminación de la obra ferroviaria. Esta fue la base de la United Fruit Company, fundada en Boston en 1899. La United, que pronto se expandió por todo el Caribe, basó su dinámica empresarial en la depredación de los recursos naturales: una vez agotadas las tierras, el cultivo se trasladaba a suelos vírgenes. La compañía, que gozaba de generosas exenciones y de una mayor capacidad negociadora frente al Estado, pagaba un módico impuesto por la fruta que exportaba.⁷⁵

La construcción del ferrocarril se basó en mano de obra extranjera, en particular de jamaquinos, muchos de los cuales permanecieron en el país para trabajar en la actividad bananera. Aunque esta última atrajo a trabajadores de otras partes del país (del Valle Central y en especial de Guanacaste) y de Nicaragua. Limón, convertido en el principal puerto del país a fines del siglo XIX, era una zona en la que prevalecía la población negra, anglófona y protestante. Esta peculiaridad favoreció que en los discursos antiimperialistas de los políticos e intelectuales costarricenses fueran visibles ciertas ansiedades racistas.⁷⁶

GRÁFICO 4

Volumen y valor de las exportaciones de banano de Costa Rica (1830-1930)



Fuente: Carnanholo, Reinaldo, "Sobre la evolución de las actividades bananeras en Costa Rica". *Estudios Sociales Centroamericanos*. San José (Costa Rica), N^o. 19 (enero-abril de 1978), pp. 145-151.

EDITORIAL
UCR

#QuedateEnCasa

El valor de las exportaciones de banano igualó al del café en la década de 1910. El apogeo de la actividad se ubicó entre 1890 y 1914 (véase el Gráfico 5), cuando la exitosa expansión del banano significó una catástrofe para los bribris ubicados en Talamanca y Sixaola.⁷⁷ Después de 1914, el precio de la fruta empezó a bajar, subió luego de 1920 y volvió a descender a partir de 1927. La United Fruit Company empezó, entonces, a trasladarse al Pacífico Sur (con efectos devastadores para Limón),⁷⁸ y la actividad bananera, apoyada en la explotación de tierras vírgenes, experimentó otra fase de veloz crecimiento.⁷⁹

4.2 Minería, azúcar y cacao

La diversificación de las exportaciones, que se inició con el banano, abarcó otros productos de inferior importancia, cuyo

auge se ubicó a partir de 1914. El azúcar de caña, otrora asociado con la finca campesina y el trapiche, tendió a concentrarse en explotaciones capitalistas y a ser procesado en ingenios. El volumen de la exportación azucarera alcanzó su máximo en 1923, año en el cual 14 de los 19 ingenios que había en el país se ubicaban en las provincias de Cartago y Alajuela.⁸⁰

La minería, entretanto, había experimentado un notable crecimiento. Este segundo ciclo minero, cuyo epicentro fueron la Cordillera de Guanacaste (en el área de Tilarán) y los Montes del Aguacate, pronto fue controlada por el capital extranjero, en particular el estadounidense (con Keith de nuevo a la cabeza del proceso). Si bien las exportaciones de oro y plata conocieron una tendencia ascendente durante la primera década del siglo XX, su mayor auge ocurrió a partir de 1924. Esta alza fue efímera, ya que la actividad decayó rápidamente luego de 1927.⁸¹

El cacao, que fue un importante producto de exportación durante la época colonial, volvió a conocer una fase de crecimiento importante a comienzos del siglo XX. Este auge se consolidó después de 1913, cuando la United Fruit Company empezó a sembrar cacao en las fincas abandonadas debido al llamado “mal de Panamá”. La United, que llegó a controlar un 40 por ciento del área cacaotera, dominaba también el beneficiado y la comercialización de tal producto que, tras alcanzar un máximo en cuanto a volumen y valor exportados a mediados de la década de 1920, tendió a decaer a partir de 1927.⁸²

La diversificación económica de fines del siglo XIX, vista en su conjunto, fue dominada por el capital extranjero. Ciertamente, la burguesía agroexportadora logró diversificar sus inversiones, ya que su estrato superior, aparte de dominar el financiamiento, el beneficiado y la exportación de café, tenía inversiones en el comercio de importación, la banca, la ganadería, el azúcar, el banano, la minería y en la industria urbana.⁸³

El capital extranjero, sin embargo, controló decisivamente las actividades bananera, cacaotera y minera, el estratégico ferrocarril al Atlántico, servicios urbanos básicos como el tranvía, la electricidad y la telefonía, y tuvo un peso importante en la banca.⁸⁴

La economía agroexportadora, pese a la diversificación descrita, tenía una base frágil. El país dependía en esencia de la exportación de café y banano y era muy vulnerable a la variación de los precios de esos productos en el mercado internacional. En el caso del café, las bajas en la cotización que hubo en el siglo XIX fueron de corta duración; pero entre 1897 y 1907, la actividad conoció, a escala mundial, su primera crisis de sobreproducción, derivada de la oferta de café brasileño.⁸⁵

La vulnerabilidad de la economía tenía un impacto decisivo sobre el fisco, ya que los ingresos del Estado dependían en mucho de los impuestos al comercio exterior (un 63,2 por ciento de los ingresos estatales entre 1902 y 1914).⁸⁶ De esta forma, una baja en la exportación, se traduciría en una caída en las importaciones y en un desplome en los ingresos fiscales. La respuesta típica del gobierno, en tales casos, era disminuir el gasto público, principalmente mediante una reducción del empleo y una baja en los salarios de los trabajadores estatales.⁸⁷

4.3 La industrialización antes de la industrialización

El mundo urbano tuvo su propia experiencia capitalista, un proceso que caracterizó a las cuatro ciudades principales: Alajuela, Cartago, Heredia y especialmente a San José. Los artesanos especializados que moraban en los cascos de tales “urbes” a fines de la colonia debieron competir, después de 1850, con artesanos extranjeros que habían inmigrado al país y con la importación de manufacturas, marco en el cual debieron mejorar sus métodos de producción y actualizar sus estrategias

empresariales.⁸⁸ Hacia 1900, el taller era todavía el eje de la producción industrial y la fábrica una excepción, pero el porcentaje de artesanos asalariados se había incrementado significativamente.⁸⁹

Las unidades productivas “industriales”, en su mayoría, se ubicaban en la categoría de alimentos, bebidas y tabaco y pertenecían a patronos costarricenses. Esta industria, que utilizaba materia prima nacional y vendía su producto en el mercado local –a lo sumo, el excedente se colocaba fuera del Valle Central, en Puntarenas, Limón y Guanacaste– era fruto de la diversificación del modelo agroexportador. Había grandes capitalistas, es cierto, dueños de plantas aquí y allá; pero el empresario de origen artesano era el que prevalecía.⁹⁰

El empleado típico de la industria que floreció a partir de 1880 compartía con su patrón la procedencia artesanal, aunque su condición obrera se precisó en el siglo XX, en especial después de 1914. El censo de 1927 revela que, de 14.087 artesanos, únicamente el 10,7 por ciento calificaba como productor independiente.⁹¹ La proletarianización de tal tipo de trabajador no liquidó, sin embargo, el atributo básico que lo distinguía y sustentaba su identidad gremial: su destreza. El grado de especialización variaba bastante, según cada oficio y la división por edad, sexo y ocupación definía el nivel de ingreso: bajo para las mujeres, los aprendices y los viejos y, entre otros, en los oficios de carpintería, albañilería y zapatería.

La diferenciación del sector industrial no fue óbice para que el trabajador edificara, a partir de 1880, una vigorosa cultura, cuyo eje era la experiencia cotidiana en el taller y el encuentro diario, entre diversas categorías de obreros, en la urbe aldeana que era el San José de la época. El despliegue cultural de la plebe se patentizó en asociaciones mutualistas y sindicatos, clubes de lectura y de deportes, fiestas –en particular la del primero de mayo–, una prensa específica y una destacada

participación en la vida política del país. El entramado comunitario en que se desplegó la industria facilitó el contacto directo y el trato personal entre patrón y empleado.⁹²

4.4 Estado y conflictos sociales

Los artesanos, obreros y otros trabajadores urbanos, que empezaron a organizarse en sociedades de ayuda mutua desde la década de 1880, avanzaron hacia formas de organización cada vez más sindicales en las primeras décadas del siglo XX, al tiempo que sus huelgas eran más frecuentes.⁹³ En el campo, la situación era más compleja. La huelga tendió a caracterizar la lucha social en el universo bananero y en la actividad minera, al tiempo que en varias áreas de Guanacaste los campesinos tuvieron enfrentamientos violentos con los hacendados y las compañías extranjeras.⁹⁴ Este patrón de conflictividad, que supuso una mayor represión por parte del Estado, fue típico de las zonas costeras y periféricas.⁹⁵

En el Valle Central, los conflictos sociales fueron menos violentos y la represión fue más mesurada. Esto último es cierto tanto para los artesanos y obreros urbanos, como para los pequeños y medianos productores de café, que después de 1900 empezaron a organizarse para exigir un precio más justo por el café que entregaban a los grandes beneficiadores y exportadores. Este patrón de conflictividad pacífico y legalista, con tendencia a canalizar las demandas por vías institucionales, prevalecía en el Valle Central desde 1750 por lo menos y se consolidó en el siglo XIX.⁹⁶

La Costa Rica de 1900, esencialmente agraria y rural, ofrecía escasas opciones de ascenso social fuera de los ámbitos de la finca y el taller. El mercado para los sectores profesionales e intelectuales era limitado, y en gran parte sus opciones de empleo se constreñían al Estado, o dependían del aparato estatal.

Este último había comenzado a crecer en la década de 1880, al crear una serie de instituciones nacionales, al expandir el sistema educativo y al adquirir un peso creciente en la regulación de la salubridad pública.⁹⁷

La temprana expansión de las políticas sociales y culturales del Estado liberal fue, en buena parte, una respuesta a las presiones de los sectores populares de las áreas urbanas y rurales. El desafío planteado por las reivindicaciones de los de abajo supuso, sin embargo, más que una intervención estatal creciente en la economía y la sociedad. Tras la apertura democrática de 1901, cuando el presidente Rafael Iglesias pactó con los sectores moderados de la oposición para dejar el poder, campesinos, artesanos y otros trabajadores de la ciudad y el campo se integraron crecientemente en el juego político electoral, una tendencia que se consolidó luego de la aprobación del voto directo en 1913.⁹⁸ La creciente diferenciación social, vinculada con la diversificación agroexportadora, estuvo acompañada así por decisivos procesos de integración política.

EPÍLOGO

La Costa Rica de los dos primeros gobiernos de Cleto González Víquez (1906-1910) y Ricardo Jiménez Oreamuno (1910-1914), pese al encanto europeo de San José, tenía un asiento frágil: una economía poco diversificada, dependiente y en la cual el crecimiento de tipo extensivo se basaba en la incorporación paralela de más tierra y fuerza de trabajo, sin un cambio tecnológico de peso. El ascenso social era en extremo limitado y la brecha que separaba a la burguesía de los sectores medios y populares tendía a ampliarse.

El estallido de la Primera Guerra Mundial en 1914, al afectar a los mercados europeos (principal destino del café

costarricense), pronto visibilizaría de nuevo la vulnerabilidad de la economía y su dependencia de unos pocos productos de exportación. La crisis política iniciada en 1917, con el golpe de Estado que depuso al gobierno reformista de Alfredo González Flores, tampoco tardaría en patentizar las contradicciones del juego político-electoral. La Costa Rica que emergió de esos difíciles años fue una sociedad más compleja y conflictiva, pero –a la vez– más interesante que su predecesora.

NOTAS

- 1 Fernández Guardia, Ricardo, ed. *Costa Rica en el siglo XIX. Antología de viajeros*, 4ª. edición (San José, Editorial Universitaria Centroamericana, 1982), pp. 114-115.
- 2 Molina Jiménez, Iván. “El capital comercial en un valle de labriegos sencillos (1800-1824). Análisis del legado colonial de Costa Rica” (Tesis de Maestría en Historia, Universidad de Costa Rica, 1984), pp. 190-206. Alvarenga, Patricia. “Campesinos y comerciantes en la transición hacia el capitalismo. Un estudio microanalítico de la región de Heredia. 1785-1850” (Tesis de Maestría en Historia, Universidad de Costa Rica, 1986). La tecnología agrícola de la época empieza a ser estudiada con detalle actualmente. Véase: Hernández, Benjamín, “La estructura de la tecnología agrícola en Heredia (1800-1820)” *Avances de Investigación del Centro de Investigaciones Históricas*. San José, N.º. 58 (1991). Carrillo, José Domingo, Castillo, Antonio y Quispe, Genaro, “La tecnología agrícola en el San José de 1800-1820”. *Cuadernos de Investigación del CSUCA*. San José, N.º. 26 (enero de 1988), pp. 1-29.
- 3 Molina Jiménez. “El capital comercial en un valle”, pp. 64-109.
- 4 Molina Jiménez, Iván. *Costa Rica (1800-1850). El legado colonial y la génesis del capitalismo* (San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1991), pp. 19-178.
- 5 Fernández, León. *Indios, reducciones y el cacao* (San José, Editorial Costa Rica, 1976), pp. 13-14.
- 6 Quirós, Claudia. *La era de la encomienda* (San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1990). Payne, Elizet, “Organización de

la producción y mecanismos de explotación en el área central de Costa Rica, 1580-1700" (Tesis de Licenciatura en Historia, Universidad de Costa Rica, 1988).

- 7 Rosés, Carlos. "El cacao en la economía colonial de Costa Rica (siglos XVII y XVIII)" (Tesis de Licenciatura en Historia, Universidad de Costa Rica, 1975). Para una revaloración de los datos sobre el ciclo cacaotero, véase: MacLeod, Philip, "Auge y estancamiento de la producción de cacao en Costa Rica 1660-95". *Anuario de Estudios Centroamericanos*. San José, 22: 1 (1996), pp. 83-107. La importancia de la mano de obra esclava ha sido enfatizada, últimamente, por Óscar Aguilar Bulgarelli, Irene Aguilar y Rina Cáceres, pero la información estadística que figura en sus obras no confirma tal planteamiento. Aguilar Bulgarelli, Óscar y Aguilar, Irene, *La esclavitud negra en Costa Rica. Origen de la oligarquía económica y política nacional* (San José, Editorial Progreso, 1997), pp. 261-366 y 444-445. Cáceres, Rina, *Negros, mulatos, esclavos y libertos en la Costa Rica del siglo XVII* (México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1997), pp. 69-73; *ídem*, "El trabajo esclavo en Costa Rica". *Revista de Historia*. San José, N.º. 39 (enero-junio de 1999), pp. 36-44.
- 8 Molina Jiménez. "El capital comercial en un valle", pp. 200-203. Fonseca, Elizabeth, *Costa Rica colonial. La tierra y el hombre* (San José, Editorial Universitaria Centroamericana, 1983), pp. 94 y 209-219.
- 9 Acuña, Víctor Hugo. "Historia económica del tabaco en Costa Rica: época colonial". *Anuario de Estudios Centroamericanos*. San José, N.º. 4 (1978), pp. 279-392. La experiencia tabacalera ha sido estudiada de nuevo en los últimos años. Véase: Jesús Rico, "La renta del tabaco en Costa Rica y su influencia en el desarrollo del campesinado del Valle Central occidental (1766-1825)" (Tesis de Maestría en Historia, Universidad de Costa Rica, 1988).
- 10 Molina Jiménez. "El capital comercial en un valle", pp. 182-183 y 231.
- 11 Fonseca. *Costa Rica colonial*, pp. 273-275; *ídem*, Alvarenga, Patricia y Solórzano, Juan Carlos. *Costa Rica en el siglo XVIII* (San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2001), pp. 105-139 y 297-340.
- 12 Molina Jiménez, "El capital comercial en un valle", pp. 232-233. En relación con el papel del capital comercial en la Hispanoamérica del siglo XVIII, véase: Chiaramonte, José Carlos, *Formas de sociedad y economía en Hispanoamérica* (México, Editorial Grijalbo, 1984).

- 13 Lynch, John, *Las revoluciones hispanoamericanas 1808-1826*, 2ª. edición (Barcelona, Editorial Ariel, 1980), p. 22.
- 14 Archivo Nacional de Costa Rica (en adelante ANCR). Mortuales Independientes. San José. Exp. 497 (1823), ff. 48-48 v.
- 15 Molina Jiménez, "El capital comercial en un valle", pp. 146-171; *idem*, *La alborada del capitalismo agrario en Costa Rica* (San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1988), pp. 20-26.
- 16 Molina Jiménez, "El capital comercial en un valle", pp. 210-226 y 235-237. El concepto de hegemonía se entiende en el sentido explicado por Thompson. Véase: Thompson, E. P., *Tradición, revuelta y consciencia de clase*, 2ª. edición (Barcelona, Editorial Crítica, 1984), pp. 57-60.
- 17 Brading, David, "El mercantilismo ibérico y el crecimiento económico en la América Latina del siglo XVIII". *Cuadernos de Historia*. San José, N°. 12 (2º. semestre de 1980), pp. 1-22. Wortman, Miles, "Bourbon Reforms in Central America". *The Americas*. XXXII: 2 (October, 1975), pp. 222-238; *idem*, *Government and Society in Central America (1680-1840)* (New York, Columbia University Press, 1982), pp. 129-156. Brading y Wortman, sin embargo, enfocan las Reformas Borbónicas como un problema económico y administrativo, descuidando el aspecto social. Más interesante es la posición de Lynch, *Las revoluciones hispanoamericanas*, pp. 9-47.
- 18 ANCR. Mortuales Independientes. San José. Exp. 496 (1823), f. 3.
- 19 Araya Pochet, Carlos, "La minería en Costa Rica, 1821-1843". *Revista de Historia*. Heredia, N°. 2 (enero-junio de 1976), pp. 83-125. Vega Carballo, José Luis, *Hacia una interpretación del desarrollo costarricense: ensayo sociológico*, 4ª. edición (San José, Editorial Porvenir, 1983), pp. 49-70. El profesor Jorge León ha insistido recientemente sobre la importancia económica de la minería basado en datos recopilados por Clotilde Obregón, pero sin considerar las dudas expuestas por Vega Carballo. León Sáenz, Jorge, *Evolución del comercio exterior y del transporte marítimo de Costa Rica 1821-1900* (San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1997), pp. 74-75. Obregón, Clotilde, *Carrillo: una época y un hombre 1835-1842* (San José, Editorial Costa Rica, 1989), pp. 95-102.
- 20 Obregón, Clotilde, "Inicio del comercio británico en Costa Rica". *Revista de Ciencias Sociales*. San José, N°. 24 (octubre de 1982), pp. 59-69. Para un análisis del comercio exterior de esta época, véase: León Sáenz, *Evolución del comercio exterior*.

- 21 Hasta el momento no existen trabajos muy detallados sobre la inmigración de tales comerciantes. Se dispone básicamente de González Flores, Luis Felipe, *Historia de la influencia extranjera en el desenvolvimiento educacional y científico de Costa Rica*, 2ª. edición (San José, Editorial Costa Rica, 1976), pp. 29-46; Herrera, Eugenio, "Los inmigrantes y el poder en Costa Rica". *Revista de Historia*. Heredia, N°. 11 (enero-junio de 1985), pp. 131-159; *ídem*, *Los alemanes y el Estado cafetalero* (San José, Editorial Universidad Estatal a Distancia, 1988). Murchie, A. G., *Imported Spices: A Study of Anglo-American Settlers in Costa Rica 1821-1900* (San José, Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes, 1981). Para un análisis detallado de la inmigración española, véase: Marín, Giselle, "Inmigrantes españoles en la ciudad de San José (1850-1930)" (Tesis de Maestría en Historia, Universidad de Costa Rica, 2000).
- 22 Hall, Carolyn, *El café y el desarrollo histórico-geográfico de Costa Rica*, 3ª. edición (San José, Editorial Costa Rica, 1982), pp. 52-53.
- 23 Alvarenga, "Campesinos y comerciantes". Samper, Mario, "La especialización mercantil campesina en el noroeste del Valle Central. 1850-1900. Elementos microanalíticos para un modelo". *Revista de Historia*. Heredia, N°. 1 especial (1985), pp. 49-87. Molina Jiménez, Iván, "Habilitadores y habilitados en el Valle Central de Costa Rica. El financiamiento de la producción cafetalera en los inicios de su expansión (1838-1850)". *Revista de Historia*. San José, N°. 16 (julio-diciembre de 1987), pp. 85-128.
- 24 Cardoso, Ciro, "La formación de la hacienda cafetalera en Costa Rica (siglo XIX)". *Avances de Investigación. Proyecto de historia social y económica. 1821-1945*. San José, N°. 4 (1976), pp. 6-26. Molina Jiménez, "Habilitadores y habilitados", 1987.
- 25 Hall, *El café y el desarrollo*, pp. 49-50.
- 26 Hall, *El café y el desarrollo*, pp. 49-50. Molina Jiménez, "Habilitadores y habilitados", pp. 94-97. Rodríguez Sáenz, Eugenia, "La estructura crediticia del Valle Central de Costa Rica (1850-1860)". *Revista de Historia*. San José, N°. 19 (enero-junio de 1989), pp. 62-68.
- 27 *Mentor Costarricense*, 29 de noviembre de 1845, p. 67.
- 28 Rodríguez Sáenz, Eugenia y Molina Jiménez, Iván, "La formación de compañías económicas en el Valle Central de Costa Rica (1824-1860). Un avance tecnológico". *Revista de Historia*. San José, N°. especial (1988), pp. 139-155. León Sáenz ubica la formación de compañías a partir de la década de 1840. León Sáenz, *Evolución del comercio exterior*, p. 240.

- 29 Molina Jiménez, *La alborada del capitalismo agrario*, pp. 19-54. León Sáenz parece no haber considerado las importantes diferencias entre crédito público y privado. León Sáenz, *Evolución del comercio exterior*, pp. 202-203.
- 30 ANCR. Protocolos Coloniales. San José. Exp. 565 (1849), f. 112 v. En relación con la expropiación económica y el impacto de las crisis cafetaleras, véase: Rodríguez Sáenz, Eugenia, "Concentración y centralización del capital en el Valle Central de Costa Rica (1850-1860)". *Revista de Ciencias Sociales*. San José, Nº. 44 (junio de 1989), pp. 93-108; *ídem*, "Coyuntura y crisis en el Valle Central de Costa Rica (1850-1860)". *Anuario de Estudios Centroamericanos*. San José, 15: 2 (diciembre de 1989), pp. 91-110.
- 31 Molina Jiménez, "Habilitadores y habilitados", pp. 103-107; Rodríguez Sáenz, Eugenia y Molina Jiménez, Iván, "Compraventas de cafetales y haciendas de café en el Valle Central de Costa Rica (1834-1850)". *Anuario de Estudios Centroamericanos*. San José, 18: 1 (1992), pp. 29-50.
- 32 Gudmundson, Lowell, *Costa Rica antes del café: sociedad y economía en vísperas del boom exportador* (San José, Editorial Costa Rica, 1990), pp. 81-119; *ídem*, "Peasant, Farmer, Proletarian: Class Formation in a Smallholder Coffee Economy, 1850-1950". *Hispanic American Historical Review*. 69: 2 (May, 1989), pp. 221-257.
- 33 Rodríguez y Molina, "La formación de compañías", p. 152.
- 34 Véase: Cardoso, "La formación de la hacienda", p. 21. Molina Jiménez, *Costa Rica (1800-1850)*, pp. 183-236.
- 35 Molina Jiménez, *La alborada del capitalismo agrario*, pp. 39 y 47.
- 36 Pérez, Héctor, "Economía política del café en Costa Rica (1850-1950). Algunas notas preliminares". *Avances de Investigación del Centro de Investigaciones Históricas*. San José, Nº. 5 (1981), p. 5.
- 37 Molina Jiménez, *La alborada del capitalismo agrario*, 1988, p. 40. Para una visión de conjunto de la privatización de la tierra en Heredia, véase: Torres, Margarita, "La privatización de la propiedad comunal en el Valle Central de Costa Rica. El caso de Heredia 1830-1890". *Revista de Historia*. San José, Nº. 32 (julio-diciembre de 1995), pp. 109-132.
- 38 ANCR. Protocolos Coloniales. San José. Exp. 540 (1845), f. 61. Véase, también: Molina Jiménez, *La alborada del capitalismo agrario*, pp. 63-100.

- 39 Hall, *El café y el desarrollo*, p. 73.
- 40 Meléndez, Carlos, ed., *Documentos fundamentales del siglo XIX* (San José, Editorial Costa Rica, 1978), p. 51. Cardoso, “La formación de la hacienda”, p. 36.
- 41 León Sáenz no considera el importante papel jugado por el beneficiado en seco por lo menos hasta la década de 1860. León Sáenz, *Evolución del comercio exterior*, p. 99. Véase, en contraste: Rodríguez Sáenz, “La estructura crediticia”, pp. 64-68.
- 42 Molina Jiménez, Iván, “Aviso sobre los ‘avisos’. Los anuncios periódicos como fuente histórica (1857-1861)”. *Revista de Historia*. San José, N^o 24 (julio-diciembre de 1991), pp. 147-148 y 150. La posibilidad de comprar el servicio de procesamiento húmedo obliga a corregir la visión que se tenía del control del beneficiado húmedo por los grandes cafetaleros. Este problema, hasta ahora solo explorado inicialmente por León Sáenz, está todavía ausente en una valiosa síntesis de Peters y Samper. Sáenz León, *Evolución del comercio exterior*, p. 100. Peters, Gertrud y Samper, Mario, *Café de Costa Rica... Un viaje a lo largo de su historia* (San José, ICAFE, 2001), pp. 132-150.
- 43 Pérez, “Economía política del café”, pp. 3-8; Hall, *El café y el desarrollo*, pp. 116-117. Para una visión más matizada, véase: Peters y Samper, *Café de Costa Rica*, pp. 119-120.
- 44 Quesada Rodrigo, “América Central y Gran Bretaña: la composición del comercio exterior (1851-1915)”. *Anuario de Estudios Centroamericanos*. San José, 11: 2 (diciembre de 1985), pp. 77-92; *idem*, *Recuerdos del imperio. Los ingleses en América Central (1821-1915)* (Heredia, Editorial Universidad Nacional, 1998).
- 45 Cardoso, “La formación de la hacienda”, p. 12.
- 46 Hall, *El café y el desarrollo*, pp. 96-102. Salas, José Antonio, “La distribución y apropiación privada de la tierra en Turrialba. 1821-1900: un aporte al estudio de la colonización agrícola de Costa Rica”. *Historia*. Heredia, s. n. (1985), pp. 1-179. Para una visión más reciente del capitalismo agrario que se configuró en Turrialba, véase: Solano, José William, “El día de trabajo en la Hacienda Aragón, Turrialba, 1943”. *Revista de Historia*. San José, N^o 32 (julio-diciembre de 1995), pp. 133-174.
- 47 Casey, Jeffrey, *Limón, 1880-1940. Un estudio de la industria bananera en Costa Rica* (San José, Editorial Costa Rica, 1979).
- 48 Samper, “La especialización mercantil campesina”, pp. 49-87.

- 49 Pérez, "Economía política del café", p. 8.
- 50 Hall, *El café y el desarrollo*, p. 93.
- 51 Samper, Mario, "Uso de la tierra y unidades productivas al finalizar el siglo XIX: noroeste del Valle Central, Costa Rica". *Revista de Historia*. San José, N°. 14 (julio-diciembre de 1986), pp. 133-177.
- 52 Fonseca, *Costa Rica colonial*, pp. 251-282.
- 53 ANCR. Mortuales Coloniales. San José. Exp. 278 (1821), f. 34.
- 54 Gudmundson, Lowell, *Hacendados, políticos y precaristas: la ganadería y el latifundismo guanacasteco. 1800-1850* (San José, Editorial Costa Rica, 1983), pp. 73-176. Sequeira, Wilder, *La hacienda ganadera en Guanacaste. Aspectos económicos y sociales, 1850-1900* (San José, Editorial Universidad Estatal a Distancia, 1985).
- 55 Rodríguez y Molina, "La formación de compañías", p. 142.
- 56 Gudmundson, *Hacendados, políticos y precaristas*, pp. 177-206. El enfoque de Gudmundson es cuestionado por Flores, Rubén, "Tenencia de la tierra y conflictos agrarios en Abangares y tierras bajas de Cañas. 1880-1960" (Tesis de Licenciatura en Historia, Universidad Nacional, 1989). El mejor estudio sobre Guanacaste es el de Edelman, Marc, *The Logic of the Latifundio: The Large Estates of Northwestern Costa Rica since the Late Nineteenth Century* (Stanford, Stanford University Press, 1992). La Editorial de la Universidad de Costa Rica publicó una versión española de esta obra en 1998.
- 57 Villalobos Vega, Bernardo, *Bancos emisores y bancos hipotecarios en Costa Rica* (San José, Editorial Costa Rica, 1981), pp. 25-211.
- 58 Rodríguez Sáenz, Eugenia, "Estructura crediticia, coyuntura económica y transición al capitalismo agrario en el Valle Central de Costa Rica (1850-1860)" (Tesis de Maestría en Historia, Universidad de Costa Rica, 1988), pp. 179-181.
- 59 Rodríguez Sáenz, "Estructura crediticia, coyuntura económica", p. 140. Véase: Rosés, Carlos, "Notas sobre la evolución de la infraestructura financiera en Centro América: el crédito, la banca y la moneda 1850-1930". *Revista de Ciencias Sociales*. San José, N°. 21-22 (marzo-octubre de 1981), pp. 101-109.
- 60 Facio, Rodrigo, *Estudio sobre economía costarricense*, 3ª. edición (San José, Editorial Costa Rica, 1978), pp. 39-50.

- 61 Pérez, “Economía política del café”, pp. 5-6. Las cifras sobre ingresos y gastos estatales proceden de Román, Ana Cecilia, *Las finanzas públicas de Costa Rica: metodología y fuentes (1870-1948)*. (San José, CIHAC, 1995), pp. 24, 33, 56-57.
- 62 Hall, *El café y el desarrollo*, pp. 58-69.
- 63 Merz, Carlos, “Coyuntura y crisis en Costa Rica. 1924-1935”. *Revista del Instituto de Defensa del Café*. San José, t. III, N°. 119 (mayo, 1936), p. 451.
- 64 Castro, Silvia, “Conflictos agrarios en una época de transición. La Meseta Central. 1850-1900” (Tesis de Maestría en Historia, Universidad de Costa Rica, 1988).
- 65 Rojas, Gladys, *Café, ambiente y sociedad en la cuenca del río Virilla, Costa Rica (1845-1955)*. (San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2000), pp. 77-109. La contaminación del café y los conflictos que tal fenómeno provocó han sido objeto de recientes estudios. Véase: Ramírez, Mario, “Problemas, protestas y conflictos ambientales en la cuenca del río Virilla: 1850-1900”. Granados, Carlos, “El impacto ambiental del café en la historia costarricense”. Román, José Gabriel, “El beneficiado del café, ¿fue un factor de contaminación en la segunda mitad del siglo XIX”. *Diálogos. Revista Electrónica de Historia*. San José, 4: 2 (noviembre, 2003-marzo, 2004), <http://www.fcs.ucr.ac.cr/~historia/dialogos.htm>.
- 66 Gudmundson, *Hacendados, políticos y precaristas*, pp. 177-206. Flores, “Tenencia de la tierra”, 1989.
- 67 Salas, José Antonio, “El liberalismo positivista en Costa Rica: la lucha entre ladinos e indígenas en Orosí. 1881-1884”. *Revista de Historia*. Heredia, N°. 5 (julio-diciembre de 1977), pp. 192-193. Véase, también: Bolaños, Margarita, “La lucha de los pueblos indígenas del Valle Central por su tierra comunal. Siglo XIX” (Tesis de Maestría en Historia, Universidad de Costa Rica, 1986).
- 68 Vega Carballo, José Luis, *Orden y progreso. La formación del Estado nacional en Costa Rica* (San José, Instituto Centroamericano de Administración Pública, 1981), pp. 231-280.
- 69 Samper, “La especialización mercantil campesina”, pp. 49-87; *idem*, “Los productores directos en el siglo del café”. *Revista de Historia*. Heredia, N°. 7 (julio-diciembre de 1978), pp. 123-217.
- 70 Molina Jiménez, Iván, “El 89 de Costa Rica: otra interpretación del levantamiento del 7 de noviembre”. *Revista de Historia*. San José,

- Nº. 20 (julio-diciembre de 1989), pp. 175-192. Para un análisis del trasfondo cultural del levantamiento de 1889, véase: Molina Jiménez, Iván y Palmer, Steven, *Historia de Costa Rica. Breve, actualizada y con ilustraciones* (San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1997), pp. 54-56.
- 71 Vega Carballo, *Orden y progreso*, pp. 283-313.
- 72 Murillo Hugo, *Tinoco y los Estados Unidos. Génesis y caída de un régimen* (San José, Editorial Universidad Estatal a Distancia, 1981), pp. 89-157.
- 73 Oliva, Mario, *Artesanos y obreros costarricenses. 1880-1914* (San José, Editorial Costa Rica, 1985). Acuña, Víctor Hugo, "Patrones del conflicto social en la economía cafetalera costarricense (1900-1948)". *Revista de Ciencias Sociales*. San José, Nº. 31 (marzo de 1986), pp. 113-122. Rodríguez Sáenz, Eugenia, "Las interpretaciones sobre la expansión del café en Costa Rica y el papel jugado por el crédito". *Revista de Historia*. San José, Nº. 18 (julio-diciembre de 1988), p. 180. Quesada, Álvaro, *La formación de la narrativa nacional costarricense (1890-1910). Enfoque histórico social* (San José, Editorial Costa Rica, 1986). Molina Jiménez, Iván, "Literatura y modo de vida. Reflexiones sobre un libro de Álvaro Quesada Soto". *Revista de Historia*. San José, Nº. 15 (enero-junio de 1987), pp. 123-129.
- 74 Casey, *Limón, 1880-1940*, pp. 21-74.
- 75 Carcanholo, Reinaldo, "Sobre la evolución de las actividades bananeras en Costa Rica". *Estudios Sociales Centroamericanos*. San José, Nº. 19 (enero-abril de 1978), pp. 143-203.
- 76 Bourgois, Philippe, *Banano, etnia y lucha social en Centroamérica* (San José, Departamento Ecuménico de Investigaciones, 1994), pp. 85-110. Sobre las experiencias y la cultura de los trabajadores del ferrocarril, véase: Murillo, Carmen, *Identidades de hierro y humo. La construcción del ferrocarril al Atlántico 1870-1890* (San José, Editorial Porvenir, 1995). En cuanto a la inmigración de los trabajadores afrocaribeños, véase: Putnam, Lara, *The Company They Kept: Migrants and the Politics of Gender in Caribbean Costa Rica, 1870-1960* (Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 2002).
- 77 Bourgois. *Banano, etnia y lucha social*, pp. 57-69.
- 78 Viales, Ronny, *Después del enclave 1927-1950. Un estudio de la región atlántica costarricense* (San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1998).

- 79 Cerdas, Ana Luisa, "El surgimiento del enclave bananero en el Pacífico Sur". *Revista de Historia*. San José, N°. 28 (julio-diciembre de 1993), pp. 117-159. Para un análisis detallado de los precios nominales y reales del racimo de bananos, véase: Viales, Ronny, "La coyuntura bananera, los productos 'complementarios' y la dinámica productiva empresarial para la exportación de la United Fruit Company en el Caribe costarricense. 1883-1934". *Revista de Historia*. San José, N°. 44 (julio-diciembre del 2001), pp. 79-90.
- 80 Solís, Manuel, "La agroindustria capitalista en el período 1900-1930 (los ingenios azucareros)". *Revista de Ciencias Sociales*. San José, N°. 21-22 (marzo-octubre de 1981), pp. 55-71.
- 81 Araya Pochet, Carlos, "El segundo ciclo minero en Costa Rica (1890-1930)". *Avances de Investigación. Proyecto de historia social y económica de Costa Rica 1821-1945*. San José, N°. 3 (1976).
- 82 Quesada, Juan Rafael, "Algunos aspectos de la historia económica del cacao en Costa Rica (1880-1930)". *Revista de Historia*. Heredia, N°. 5 y 6 (julio 1977-junio 1978), pp. 65-100 y 69-110.
- 83 Ramírez, Mario y Solís, Manuel, "El desarrollo capitalista en la industria costarricense (1850-1930)". (Tesis de Licenciatura en Sociología, Universidad de Costa Rica, 1979).
- 84 Araya Pochet, Carlos, *Historia económica de Costa Rica 1821-1971*, 4ª. edición (San José, Editorial Fernández Arce, 1982), pp. 66 y 72-73.
- 85 Cardoso, "La formación de la hacienda", pp. 42-45.
- 86 Román, *Las finanzas públicas*, 1995, pp. 42-44.
- 87 Bulmer-Thomas, Víctor, *La economía política de Centroamérica desde 1920* (San José, Banco Centroamericano de Integración Económica, 1989), pp. 69-70.
- 88 Rodríguez Sáenz, Eugenia, "Proteger lo propio. Documentos para la historia de la artesanía en la Costa Rica de mediados del siglo XIX". *Revista de Historia*. San José, N°. 28 (julio-diciembre de 1993), pp. 191-205.
- 89 Oliva, *Artesanos y obreros costarricenses*, pp. 39-70. Para un excelente estudio que analiza el período anterior a 1880, véase: Rojas, Francisco Javier, "Historia económica y social de los carpinteros y ebanistas en el Valle Central de Costa Rica de la colonia a 1943" (Tesis de Maestría en Historia, Universidad de Costa Rica, 2004).

- 90 Sibaja, Luis Fernando, *et al.*, *La industria: su evolución histórica y su aporte a la sociedad costarricense* (San José, Cámara de Industrias de Costa Rica, 1993), pp. 39-91.
- 91 Oficial, *Censo de población de Costa Rica. 11 de mayo de 1927* (San José, Dirección General de Estadística y Censos, 1960), pp. 54-55.
- 92 Acuña, Víctor Hugo, "Vida cotidiana, condiciones de trabajo y organización sindical: el caso de los zapateros en Costa Rica (1934-1955)". Acuña, Víctor Hugo y Molina, Iván, *Historia económica y social de Costa Rica (1750-1950)* (San José, Editorial Porvenir, 1991), pp. 181-201.
- 93 Oliva, *Artisanos y obreros costarricenses*, pp. 106-123. Hernández, Carlos, "Trabajadores, empresarios y Estado: la dinámica de clases y los límites institucionales del conflicto. 1900-1943". *Revista de Historia*. San José, N°. 27 (enero-junio de 1993), pp. 51-86.
- 94 Hernández, Carlos, "Del espontaneísmo a la acción concertada: los trabajadores bananeros de Costa Rica: 1900-1955". *Revista de Historia*. San José, N°. 31 (enero-junio de 1995), pp. 69-125. Edelman, *La lógica del latifundio*.
- 95 Acuña, Víctor Hugo, "Clases subalternas y movimientos sociales en Centroamérica (1870-1930)". Acuña, Víctor Hugo, ed., *Historia general de Centroamérica*, t. IV (Madrid, FLACSO-Quinto Centenario, 1993), p. 288.
- 96 Molina Jiménez, *La alborada del capitalismo agrario*, pp. 61-152. Acuña, "Clases subalternas", p. 312-313.
- 97 Molina Jiménez, Iván y Palmer, Steven, *Educando a Costa Rica. Alfabetización popular y formación docente (1850-1950)*, 2ª. edición (San José, Editorial Universidad Estatal a Distancia, 2003).
- 98 Molina Jiménez, Iván, "Elecciones y democracia en Costa Rica (1885-1913)". *European Journal of Latin American and Caribbean Studies*. Amsterdam, N°. 70 (April, 2001), pp. 41-57; *idem*, "Ciclo electoral y políticas públicas en Costa Rica (1890-1948)". *Revista Mexicana de Sociología*. México, 63: 3 (julio-septiembre, 2001), pp. 67-98.

ACERCA DEL AUTOR

Iván Molina Jiménez. Costarricense. Catedrático de la Escuela de Historia e investigador del Centro de Investigación en Identidad y Cultura Latinoamericanas (CIICLA) de la Universidad de Costa Rica. Autor de numerosos artículos y libros sobre la historia de Centroamérica en general y de Costa Rica en particular.



#QuedeEnCasa



EDITORIAL
UCR

Ejemplar sin
valor comercial



#QuedeEnCasa

Impreso bajo demanda en la
Sección de Impresión del SIEDIN.
Fecha de aparición, marzo 2014.

Universidad de Costa Rica
Ciudad Universitaria Rodrigo Facio

La licencia de este libro se ha
otorgado a su comprador legal.

Valoramos su opinión.
Por favor [comente esta obra](#).



Adquiera más de nuestros
libros digitales en la
[Librería UCR virtual](#).

LIBRERÍA
UCR

VIRTUAL



El presente texto analiza los principales cambios económicos y sociales experimentados por Costa Rica entre fines de la colonia y el inicio de la Primera Guerra Mundial. El énfasis se pone en explicar cómo, a partir de una economía campesina dominada por el capital comercial, empezó a desarrollarse un temprano capitalismo agrario, cuyo eje fue la producción cafetalera. El resultado de esta transformación decisiva fue la configuración de un modelo agroexportador –basado en la exportación de café y banano– que comenzó a evidenciar su agotamiento en las primeras décadas del siglo XX.

ISBN 978-9977-67-941-9



9 789977 679419

Universidad de Costa Rica
Escuela de Historia
Cátedra de Historia de las Instituciones de Costa Rica